

S.I.P.

**SPACIAL
INTERNATIONAL
POLICE**

¡PERJURO!

W. SAMPAS

¡PERJURO!



¡PERJURO!

por

W. SAMPAS



EDICIONES TORAY, S. A.

Arnaldo de Orne, 51-63

B A R C E L O N A

© EDICIONES TORAY, S. A. - 1959

Depósito legal: B. 2289 - 1960

Número de Registro: 6.440 - 1959

IMPRESO EN ESPAÑA

PRINTED IN SPAIN

Impreso por ED. TORAY, S.A.- Arnaldo de Oms, 51-53 – Barcelona

El caso de los Mercer —padre e hijo— sigue archivado en la SIP y son muchos los agentes que lo consultan, ya que está considerado como uno de los más extraños de la historia del Servicio.

La Spacial International Police se honra de historias como ésta que, sin duda, demuestren lo que el jefe, Donald Callowan, suele decir:

«Nunca hay que considerar un criminal como perdido hasta que él lo decide. Mientras no se haya separado definitivamente de la ley, convirtiéndose en un indeseable completo, en una bestia primitiva que pasea su feracidad por el mundo, puede y debe ser intentada su salvación...»

Donald Callowan sabe mucho de esto.

Para él un criminal es ante todo una criatura descarriada. Y considera su deber, el más grande, traer esa oveja negra al rebaño: ése suele ser su mayor triunfo.

La historia de los Mercer —padre e hijo— demostró indiscutiblemente que Callowan tenía razón.

Eso no quiere decir que la cosa fue sencilla. Hubo muertes, violencias y brutalidades sin cuento. Dos bandas, compuestos por hombres feroces, por verdaderos «duros», en el más amplio sentido de la palabra, chocaran en una pelea que hizo historia en Estados Unidos.

El asunto, que debió ser resuelto, en un principio, por la policía federal, pasó a los ámbitos de la SIP al interesar el transporte desde los grandes espaciódromos del país. Aquello permitió a Donald Callowan coger las riendas en sus manos.

Pero, por primera vez en su vida, iba a verse obligado a jugar el papel de observador, fuera del cuadrilátero. Y si así lo hizo, fue porque comprendió, desde los primeros instantes, que el tiempo y Robert Mercer trabajaban a su favor.

Hoy el nombre de Robert Mercer no es más que un recuerdo. Todavía el gran público sigue considerándolo como un criminal salvaje, corno el hombre que no dudaba en apretar el gatillo o empuñar el cuchillo para resolver uña de las sangrientas fases de la lucha a la que se lanzó, poco después de salir de Sing-Sing.

Desconociendo la médula del asunto, el secreto emocionante de Mercer, el público no experimentó ninguna sensación de congoja cuando se produjo el fatídico final. Respiró, como suele hacerlo cada vez que un

peligroso delincuente desaparece.

Sin embargo, Donald suele leer, muchas veces, el voluminoso legajo de aquel caso que, en el archivo de la SIP, ocupa un lugar cualquiera. El de su número.

El caso 2S88...

PRÓLOGO

Entre el espaciódromo de Nueva York y el de Boston, la comunicación, en lo que a mercancías se refiere, empezó a hacerse en un principio por el helicóptero.

Eran los tiempos clásicos, cuando una sola astronave llegaba, a la semana, procedente de Luna-Término. Pero después, a medida que el tráfico se hizo más intenso y, sobre todo, desde que la Misión Espacial estadounidense consiguió llegar a Marte, se hizo obligación el organizarlo de una manera más efectiva, Y se volvió al uso de los camiones que, aunque más lentos que la vía aérea, podían cumplir misiones que, por el volumen de las mercancías, estaban vedadas a los helicópteros.

También se demostró, sin lugar a dudas, que era muchísimo mejor confiar los transportes a Compañías particulares que a organizaciones estatales. Y así se hizo, obteniendo los apetecibles resultados que se esperaban.

Al menos aparentemente.

Porque, de haber ido todo bien, los beneficios de las Compañías hubieran sido mucho más saneados que lo que fueron en realidad. Y muchas cabezas, en los consejos de administración, no hubiesen encanecido tan prematuramente ni los rostros se habrían cubierto de profundas arrugas.

Claro que estaba Frank Tompkins.

Siempre hay un Frank en esos momentos: un hombre que sabe lo que quiere y que se muestra a la altura de las circunstancias.

Pero vayamos por partes.

Frank Tompkins era un hombre de negocios, de negocios sucios. Tenía una particular destreza en sacar dinero de cualquier parte, sin parar en considerar los caminos más o menos legales por los que marchaban sus proyectos y se encauzaban sus planes.

Antes del crecimiento gigantesco de los Transportes Interplanetarios, Frank se ganaba bien la vida, pero estaba, según sus propias palabras, muy lejos de conseguir lo que pensaba era su meta particular.

Desde el momento en que los primeros camiones abandonaron el espaciódromo de Nueva York, hacia el de Boston, donde se había montado la Central de Distribución, Frank comprendió que había llegado la gran ocasión y puso en práctica el plan que había estado

madurando durante mucho tiempo.

Las Compañías cedieron fácilmente.

Frank no exigió mucho por la «protección» que garantizaba y los consejos de administración pensaron que era mucho mejor pagar que comunicar las pretensiones de Tompkins a la policía, cosa que a fin de cuentas, hubiese reportado muchas más dificultades que beneficios.

Pero no conocían a Frank.

Una vez consolidada su posición, Tompkins empezó a exigir más y más, llegando a un diez por ciento del valor de las mercancías colocadas sobre la carretera. Hubo, naturalmente, conatos de protestas, pero unos neumáticos reventados en el camino y la pérdida, por la tardanza en el cumplimiento del contrato, acabaron por doblar las intentonas de rebeldía de los más valientes.

La cosa siguió así.

Durante dos años, Frank continuó haciendo pagar su diez por ciento y engrosando su haber, cosa que le permitió cambiar el ritmo de su vida y convertirse en lo que siempre había deseado: un «boss», un «caid» neoyorquino, temido o envidiado por todos.

El reparto de beneficios, al final del segundo año, rompió la armonía que hasta entonces reinaba entre las compañías de transporte y Tompkins. Éste, sin más ni menos, exigió un cinco por ciento de los beneficios, argumentando que aquéllos se habían producido gracias a su sistema infalible de protección y que era lógico que una parte de ellos fuese para él.

Dos de las compañías cedieron.

Pero la tercera, la «General de Transportes», se negó rotundamente a pagar. Loco de rabia, Frank, olvidando por primera vez toda prudencia, tomó el mando de las operaciones y a la cabeza de sus hombres dio un golpe para mostrar a los recalcitrantes lo peligroso de su negativa.

Once flamantes camiones, cargados de mercancía de primer orden, fueron incendiados en el camino.

Aquello era lo que esperaba Donald Callowan.

Había tendido sus redes, desde que tuvo conocimiento de la existencia de la banda de Tompkins y esperaba un error para acabar con aquel hombre, contra el que no había logrado, hasta el momento, prueba alguna.

Aprovechándose de la cólera de Frank, que le hizo olvidar hasta la elemental preparación de una coartada, Donald se lanzó al cuadrilátero, seguro esta vez de que iba a conseguir el tan esperado y ansiado objetivo.

Oprimió los botones de mando y la poderosa máquina de la SIP se puso en marcha, como una gigantesca tenaza que iba a cerrarse, de una forma inexorable, sobre los culpables.

Aquí empieza nuestra historia...

* * *

Tamborileando nerviosamente la mesa de su despacho, Donald Callowan miraba hacia el teléfono, esperando la llamada que iba a comunicarle su triunfo sobre Frank Tompkins.

Seis coches de la SIP, auxiliados por cerca de un centenar de vehículos policiales, formaban una espesa red, de estrechas mallas, que se iba cerrando alrededor del punto de donde había partido el ataque contra los camiones de la General.

Incapaz de esperar allí más tiempo, Callowan abandonó el despacho, pasando al segundo piso donde, en la sección de transmisiones, Harry Stuard, su ayudante de turno, esperaba igualmente la llamada.

—¿Algo nuevo?

Stuard se volvió hacia su jefe.

Era alto, atlético, de cabellos rubios y ensortijados. Poseía un par de ojos azules que, en ciertos momentos, tomaban el color del acero.

—Nada aún.

—Es necesario que los localicemos lo antes posible. No hay, por otra parte, carreteras secundarias que no hayan sido tomadas por la policía... No deben escapar.

—No escapan, señor... Aunque, voy a terminar comiéndome las uñas aquí.

Donald sonrió.

Conocía a Harry y sabía que éste prefería la acción a la inmovilidad a que ahora estaba condenado.

Pero no podía hacer otra cosa.

—No podemos salir a ciegas —dijo como justificándose—. Cuando los hayan localizado sirviéndose de algún helicóptero, y creo que no lo lograrán hasta que se haga de día, no nos moveremos de aquí.

Echó una ojeada al plano de carreteras, donde un agente iba moviendo las ventosas coloreadas que marcaban la posición de los coches. Las banderitas dibujaban una especie de grosero círculo alrededor de una amplia zona, atravesada en su parte central por la línea roja de la carretera. Una bandera negra marcaba el punto donde los camiones habían sido atacados e incendiados.

—Han debido de tomar la cuarenta y siete —dijo Stuard, como si leyese los pensamientos de su superior, que parecía reflexivo.

—No hay duda —replicó éste—; pero, de todos modos, debe de hacer ya mucho tiempo que la han abandonado. Quizá se muevan por la cuarenta y cinco, o acaso hayan tomado la treinta y siete.

—Encontrarán banderas por todas partes.

—Ya lo sé. Pero prefiero ser yo, personalmente, quien se dirija a Frank. No quiero que, dejándose llevar por la cólera o el miedo, muera matando.

—¿Le cree capaz?

—No. Frank, en el fondo, es un cobarde. Pero no puede saber uno hasta dónde llega la desesperación de un hombre... ¡Y a éste le quiero vivo!

—Lo cogeremos vivo.

Donald recordó:

—No olvides que lleva dos años riéndose ante nuestras propias narices. Se ha burlado del Servicio como ha querido y nos ha hecho andar de un lado para otro, como locos, buscando pruebas que no hemos encontrado jamás...

Sonrió.

—Ahora es distinto. La cólera le ha cegado y no podrá demostrarnos que estaba en otra parte, sobre todo cuando le hagamos bajar del coche, de uno de los coches que han participado en el ataque de los camiones. ¿Qué podrá decir, en este momento, nuestro querido amigo Tompkins? ¿Que ha sido raptado por unos bandidos cuando leía poemas a la luz de la luna?

—No tiene escapatoria, señor.

—Esta vez, no. Y puedo decirte, sin avergonzarme por ello, que nunca estuve tan contento, porque ya tenía ganas de echarle el guante.

—Cogido «in fraganti», como va a serlo, de nada le valdrán sus abogados.

—Ése es mi mayor triunfo. Porque, si lograra escapar de la red que le hemos echado encima, sería como para volverse locos de rabia.

Y miró al mapa, viendo que el círculo de coches se iba cerrando inexorable, implacablemente.

—¿Qué hora es? —inquirió con temor de consultar su propio reloj.

—Las cinco y cincuenta.

—Dentro de veinte minutos habrá amanecido. Pregunta a los del aeródromo si están preparados.

Stuard se abalanzó sobre el teléfono y cuando lo hubo colgado, al terminar, comunicó:

—Hay ocho aparatos preparados, señor.

—Muy bien.

Y se volvió al despacho, encendiendo un cigarrillo para calmar un poco los nervios.

* * *

Ya no corrían...

El coche, un Buick potentísimo, estaba parado al borde de la carretera 37, junto a un bosquecillo. En su interior los tres hombres estaban callados, fumando sus cigarrillos que punteaban la negrura de la noche con sus extremos incandescentes.

Todas las luces de a bordo estaban apagadas.

Robinson y Lyman estaban en la parte delantera, el primero con los codos apoyados en el volante. Atrás, solo, se hallaba Tompkins.

Frank era un hombre alto, de anchas espaldas, macizo de construcción y con un rostro que parecía tallado en granito. Tenía una amplia frente y unos pómulos tan salientes como el mentón. Sus ojos eran pardos y parecían casi completamente ocultos bajo la maraña de las cejas hirsutas.

En aquel momento, mientras fumaba silenciosamente su cigarrillo, la alfombra del vehículo estaba sembrada de colillas más o menos largas, su mente se debatía furiosamente contra la idea de haber caído en el más burdo cepo del mundo.

Había sido un estúpido.

Verdad era que la cólera, al ver que la General de Transportes se negaba a pagarle su parte en los beneficios, le había sacado de sus casillas; pero ahora, cuando veía las cosas claras, con una frialdad que daba miedo, se percataba de que había sido un idiota, al dejar que el mal humor le hiciese olvidar lo más precioso de su vida: su propia seguridad.

Al pensar en Callowan frunció el entrecejo.

Había subestimado al jefe de la SIP, riéndose siempre de los vanos esfuerzos que Donald, en combinación con la policía, había hecho para encontrar pruebas suficientes para encerrarle. Por eso, sin dejar de tener presente al jefe de la SIP, había trabajado con cuidado, procurando encontrarse siempre al margen de sus propios asuntos, cubierto en toda ocasión por una indestructible coartada.

Ahora...

Estaba rodeado, sin salvación posible.

Durante toda la noche, desde que habían destruido los camiones de la General, intentando después escapar, habían corrido desesperadamente de un lado para otro, deteniéndose siempre al ver las luces de los reflectores de los coches policiales que, seguros de su triunfo, las habían encendido, con toda su potencia, para demostrar a los bandidos que estaban irremisiblemente cercados.

Todos los caminos y carreteras se habían intentado, ensayado, uno detrás de otro. Hasta que Tompkins tuvo que convencerse de que la red de la policía no ofrecía falla alguna y que le habían encerrado limpia y claramente.

Ni intentó siquiera bajar del coche y abandonarlo, buscando una salida por los bosques o las llanuras. Sabía que cientos de agentes debían de vigilar todas las salidas.

Era inútil.

Dentro de unas horas, en cuanto amaneciese, los policías estarían en una posición cómoda, no teniendo más que avanzar, estrechando el cerco, para cogerlos sin dificultad alguna.

Y entonces Callowan, con una sonrisa de triunfo en los labios, descargaría toda su cólera sobre él, Frank Tompkins, que no podría presentar coartada alguna y que debería prepararse, en el mejor de los casos, si lograba escapar de la silla eléctrica, a pasar el resto de su vida detrás de las rejas de Sing-Sing.

Se estremeció.

Después de todos los esfuerzos que había hecho, del cuidado que puso en el desarrollo de su formidable negocio, caer así, tan estúpidamente, le parecía algo monstruoso, como una burla siniestra del destino, encarnado en este momento por la odiosa persona del jefe de la SIP.

¡No podía ser!

Debía haber algo, un último recurso, una de esas cartas que los buenos jugadores guardan en la manga para el último instante, cuando todo parece perdido.

Aplastó el cigarrillo, casi consumido, contra la alfombra del coche, y encendió otro.

Luego consultó el reloj.

Faltaban tres horas para que el día naciese y de él dependía que aquél que estaba muriendo fuese el último que pasase libre en su vida. La visión fatal de una celda, donde su existencia se consumiría, lenta e implacablemente, volvió a hacerle estremecer de terror.

Y fue entonces, cuando sentía el frío que le corría por la espalda, a

pesar del elegante y caliente abrigo de piel de camello que llevaba puesto, cuando la idea penetró en su mente.

Tan imposible le pareció al principio, que no se atrevió a formulársela con claridad, prefiriendo contemplarla como algo delicado, sutil, que el tocar podría destruir en un instante; pero poco a poco, a medida que la ahondaba mentalmente, fue tomando confianza, hasta que una sonrisa entreabrió sus gruesos labios.

¡Había encontrado la carta en la manga!

Se incorporó, apoyándose en el reborde del asiento delantero.

—Tenemos que telefonear —dijo.

Sidney Lyman se volvió, mirando a su jefe con los ojos muy abiertos.

—No comprendo.

—Es nuestra salvación. La única.

Robinson se volvió a su vez.

—¿A quién quiere telefonear, jefe? —inquirió.

—Eso ya lo verás. Trae el plano de carreteras.

Robinson obedeció y Frank, después de encender la luz interior del vehículo, se puso a consultar el plano con detenimiento.

—Estamos aquí —dijo al cabo de unos instantes, señalando un punto. Luego buscó por los alrededores y dijo—: Aquí hay una granja, en la confluencia de las treinta y siete y la cincuenta y nueve. ¡En marcha, George!

Robinson puso el motor en marcha y el coche se deslizó suavemente, ganando velocidad por momentos.

Tompkins seguía consultando el plano.

¡Si al menos la policía no hubiera llegado a aquel cruce de caminos!

Aunque, en realidad, a pesar de que avanzaban, no creía que lo hiciesen tan aprisa, prefiriendo, seguro, esperar que se hiciese de día para cerrar la red de coches y cogerlos vivos, cosa que Callowan debía desear ardientemente.

El vehículo avanzó, con los faros de ciudad, haciéndolo más lentamente cuando se acercaron al cruce. Pero ya desde lejos pudieron comprobar que no había nadie allí y que la policía debía de estar aún lejos de aquel lugar.

La granja estaba a la izquierda.

Frank pensó en que aquella gente, los habitantes de la granja, podían echarlo todo a perder, y, por un momento, dejándose llevar por la desesperación, pensó fríamente en exterminarlos. Pero,

razonando un poco, se dijo que el otro no admitiría jamás un cambio así, una responsabilidad que podía llevarle a la silla.

No, tendría que obrar de otro modo.

—Esperadme aquí un momento —dijo—. Volveré en seguida.

—Tenga cuidado, jefe —dijo Robinson.

Frank sonrió.

—No te preocupes. Ya soy mayorcito.

Salvó la distancia que le separaba de la entrada de la granja, a cuya puerta llamó, sin escandalizar demasiado. Tuvo que repetir su llamada tres veces hasta que la luz del primer piso se encendió, abriéndose después una ventana por la que apareció la silueta de una mujer de edad mediana.

—¿Quién llama?

Frank levantó la cabeza.

—Perdóneme, señora. He tenido un accidente con el coche y deseaba avisar a un amigo para que venga a buscarme.

Hubo un silencio, que le pareció una eternidad; después dijo:

—Espere un momento. Voy a abrirle.

Lo hizo cinco minutos después, mirando al hombre, al abrir la puerta. El aspecto de Tompkins y, sobre todo, su elegante atuendo, parecieron tranquilizarla.

—Pase, señor. El teléfono está ahí.

Él lucía la mejor de sus sonrisas. Y con voz amable agradeció:

—No sabe cuánto le agradezco que se haya levantado, señora. ¿Está usted sola?

—Con mis hijos. Mi esposo trabaja ahora en Chicago y no viene más que los fines de semana.

—Comprendo. Voy a telefonear —hizo que ella viese que se estremecía—. ¡Estoy aterido de frío! La temperatura es baja y he tenido que recorrer a pie cerca de tres millas para llegar hasta aquí.

—¿Quiere que le prepare un poco de café caliente? ¿O prefiere comer algo?

Frank dijo:

—No, muchas gracias. El café me sentaría como algo maravilloso. Pero no sé si no será demasiada molestia.

—No se preocupe. Voy a prepararle una buena taza. Puede telefonear mientras tanto.

Cuando la mujer se alejó, Frank no pudo evitar una sonrisa de triunfo. Había conseguido fácilmente que ella se alejase mientras él

telefoneaba. Y no le interesaba, en modo alguno, que nadie oyese la conversación que deseaba tener.

Marcó el número, instando a la telefonista para que se lo diese aprisa. Y muy pronto, dos minutos más tarde, mientras le llegaba el olor de café de la cocina, obtenía el número que habla pedido.

—¿Robert?

La voz que le contestó estaba cargada de sueño.

—Sí. ¿Quién es?

—Frank.

—¿Por qué me llamas a esta hora?

—Escucha. Estoy en una situación tremenda...

Y se la relató, cruda y claramente, sabiendo que el otro comprendería muy bien el sentido de sus palabras.

Luego, sin dejar que el llamado Robert hiciese comentario alguno, dijo:

—Creo que podrías hacerlo, Mercer. Te ofrezco cien mil dólares.

—¿No ha habido víctimas?

— ¡Te juro que no! Hicimos bajar a los conductores de los camiones. Y ése fue nuestro error, ya que se fueron y uno de ellos debió de avisar a la «poli».

—Comprendo.

—¡Debes hacerlo, Mercer! Tú necesitas ese dinero para tu hijo. ¿No deseabas darle una carrera?

—Sí, es verdad.

—Pues ahora podrás hacerlo.

—¿Y quién se cuidará de él mientras...?

Frank dijo:

—Yo. Lo haré indirectamente, no te preocupes. En cuanto se acabe tu caso, te entregaré el dinero. ¿De acuerdo?

Hubo un corto silencio al otro lado del hilo; luego dijo:

—Sí. Creo que podré hacerlo.

—Estaremos a cien yardas del cruce que te he dicho antes. No creo que sea muy difícil que atraveses la barrera por el sitio del que te he hablado antes: Tú has hecho la guerra y sabes mucho de esas cosas.

—Está bien. Dentro de un par de horas estaré allí.

—¡Gracias, Robert!

—No me las des. Ya sabes que lo hago por el pequeño.

Y cortó.

Minutos más tarde, la buena mujer llevó el café, que Frank tomó con fruición.

—¿Cuántos hijos tiene usted, señora?

—Cuatro. ¿Ha logrado usted llamar a su amigo?

—Sí. Todo está arreglado.

Dejó la taza sobre la mesa y sacando la cartera cogió cuatro billetes de cien dólares.

—Tome. Para que les compre algo.

—Pero...

Se los puso en la mano por la fuerza.

—Cójalos, señora. La verdad es que tuvimos el accidente al alejarnos de una pareja de motoristas que querían detenernos por exceso de velocidad.

Conseguimos escapar de ellos..., pero nos estrellamos —sonrió—. Ya sabe usted, señora..., cuando se bebe un poco. Era mi cumpleaños y...

Ella sonrió comprensiva.

—Entiendo, señor. No diré nada.

—Muchas gracias.

* * *

El coche de Donald que conducía Harry, volaba por la carretera, haciendo chirriar los neumáticos en las curvas.

Sentado al lado de Stuard, Donald tenía los auriculares puestos y el micrófono ante la boca.

Hacía poco que se había hecho de día y los helicópteros estaban sobrevolando, a poca altura, la zona que los coches y la policía rodeaban desde la noche.

—¿Cree usted que tardarán en descubrirlos? —inquirió Harry.

—Eso depende. Si han abandonado los coches y se han ocultado en el bosque, el trabajo será más largo. No sé...

En aquel momento vibró el micrófono.

—¡AQUÍ R-2 llamando a U-9!

—¡U-9 a la escucha! —tronó Donald.

—Hay un coche, junto al cruce 22. Los otros dos no son visibles aún.

—¡Nos dirigimos hacia el cruce 22!

Pasaron la barrera policíaca dos millas después, haciendo que tres coches les siguiesen. Frank podía desesperarse en el último momento y

Callowan necesitaba hombres armados.

Quince minutos, a una velocidad tremenda, les costó llegar al cruce 22. Al aproximarse, cuando vieron el coche parado, Donald dio orden de detenerse, tomando el micrófono que estaba unido al altavoz de su vehículo.

—¿Estás ahí, Tompkins? —inquirió.

Una carcajada le contestó.

— ¡Ya era hora, polizontes! —gritó una voz—. ¡Estaba empezando a aburrirme!

Callowan volvió a hablar:

—¡Salid del coche con las manos en la cabeza!

Se abrió la puerta de delante y dos hombres salieron, con las manos encima de los sombreros flexibles. Casi inmediatamente, se abrió la portezuela de detrás y un hombre, con una pistola en la mano apareció.

Los policías apuntaron.

—¡Tira el ama!

El hombre obedeció.

—¿Queda alguien en el coche?

El que había tirado la pistola sonrió.

—Sí, pero no puede salir. Está atado de pies y manos.

Callowan frunció el entrecejo y dio orden de avanzar, rodeando el coche, Pero antes con voz glacial amenazó:

—Si nos engañas, no quedaréis ni uno de vosotros con vida.

El hombre volvió a reír.

— ¡No temas nada, «pies planos»! Te he dicho la verdad.

Momentos después, Donald y Harry estaban junto al coche.

El hombre no habla mentido.

Había un bulto en la parte posterior, un hombre atado de pies y manos. Callowan lo cogió, volviéndole. Y estuvo a punto de lanzar una exclamación al comprobar que aquel hombre era Frank Tompkins.

—¡Que me aspen si lo entiendo!

El de la pistola no dejaba de sonreír.

—Me ha fallado el asunto, policía... ¡Y ha sido una lástima!

Donald preguntó:

—¿Qué quieres: decir?

—Que deseaba que éstos —y señaló a los otros dos— y Frank

«pringasen» en serio. Yo fui quien quemó los camiones de la General; pero antes, ayudado por algunos de mis muchachos, fuimos en busca de Frank y los suyos. Queríamos que ellos cayesen en la trampa y pagasen los vidrios rotos.

Pero no ha podido ser.

Callowan estaba rojo de cólera.

—¡Eso es mentira! Todo el asunto ha sido montado por Frank.

El hombre sonrió.

—¿No te basta, polizonte, que el culpable declare su culpa? ¡Eres más exigente que los jueces!

Sin poder contenerse, Donald le golpeó, rompiéndole el labio.

El otro le miró con desprecio.

—Puedes seguir pegando, amigo,.. No lograrás nada.

Callowan se volvió hacia Frank, que, atado, le miraba fijamente, con una burlona sonrisa en los labios.

—¿No puede usted ordenar que me desaten, señor Callowan? He estado toda la noche así.

Cerrando los puños, hasta clavarse las uñas en las palmas de la mano, Donald se volvió a Stuard y le ordenó:

—¡Desátale, Harry!

Y, con los labios apretados, se dirigió hacia su coche. No quería volverse para que nadie viese la expresión de su rostro.

El rostro de un vencido...

¡PERJURO!



CAPÍTULO PRIMERO



L despacho del director de Sing-Sing estaba, por uno de los lados, bañado por la luz artificial del pasillo que le rodeaba parcialmente. Por el opuesto, tres amplios ventanales daban hacia los patios del interior de la prisión.

Junto a uno de aquellos ventanales, mirando los patios y sin volverse a mirar al que estaba con él, Donald Callowan dijo:

Muchos de esos hombres se los he traído yo, señor Spencer...

Charles Spencer, el director, que sentado en su butaca leía unas notas, sonrió.

—Eso es verdad, señor Callowan.

Donald seguía contemplando los racimos de hombres, allá abajo.

Muchos de ellos estaban sentados en grupos, rememorando con toda seguridad sus días de libertad y ansiando que ésta llegase. Otros esperaban estar fuera para demostrar todo el odio que habían acumulado entre rejas y muros de piedra.

—No estoy orgulloso de haberlo hecho —siguió diciendo el jefe de la SIP, como si hablase consigo mismo—. Por un lado, no puedo dejar de estar satisfecho de haber librado a la sociedad de esos peligros; pero, en el fondo, me duele encerrar a un hombre aquí.

—¿No se lo merecían?

—Sí, pero muchas veces son las circunstancias las que les empujan a delinquir. Y a veces ni siquiera delinquen.

—Habla usted por Mercer, ¿verdad?

—Sí. Es un caso que, como muchos, no está previsto en nuestro código. ¿Qué ley ampara al hombre que, sin ser culpable, confiesa serlo? Mercer es inocente, pero confesó haber quemado los camiones, hace cinco años... ¿Por qué lo hizo?

—Indudablemente por dinero.

—Es posible. Pero el dinero no es más que un medio para lograr algo. Y yo he sabido lo que deseaba Mercer.

—¿Sí?

—Sí. Nunca dudé de su inocencia, pero no podía hacer nada contra un hombre, ni a su favor, cuando confiesa ser culpable de un acto criminal, Tompkins fue mucho más listo de lo que yo imaginaba y me jugó una mala pasada en el momento en que yo estaba seguro de echarle la mano encima. ¡Él debía estar aquí dentro y no Robert Mercer!

Hubo una pausa.

—¿Y dice usted que conoce los móviles que impelieron a Mercer a cargar con toda la responsabilidad del asunto de la General de Transporte?

Donald afirmó:

—Sí, lo sé. Mercer tiene un hijo, Paul. Hace cinco años, cuando su padre fue condenado y encerrado, Paul no tenía más que dieciséis años. Estaba en un colegio de la ciudad, un buen colegio, y lo ignoraba todo respecto a su padre, al que creía un honrado comerciante.

»En realidad, Mercer no se había ensuciado demasiado las manos en los asuntos de Tompkins. Se limitaba a llevarle las cuentas; pero, de todos modos, trabajaba para un granuja y como él estaba fuera de la ley...

—¿Lo hacía por su hijo?

—Sí. El colegio costaba caro y Robert debía trabajar de firme, llevando una vida austera y sin permitirse ningún lujo. Pero estaba contento, ya que su único deseo era el de que su hijo llegase a ser un hombre de bien. Quería que fuese un buen abogado —dijo, sonriendo.

—¿Sigue estudiando?

Donald se volvió, mirando fijamente a Spencer. Durante unos segundos, la expresión de su rostro se ensombreció.

—Robert debió rogar a Tompkins que se ocupase del pequeño Paul. Y lo ha hecho, pero de una forma que no estaba de acuerdo con los buenos deseos del padre.

—¿Lo ha sacado del colegio?

—Sí. Lo hizo casi al mismo tiempo que encerraron a Robert. Había prometido encargarse del muchacho... y lo ha hecho, incorporándole a su banda.

—¿Cómo? ¿Ha hecho eso?

—Sí. Paul no ha tardado mucho en convertirse en un pistolero, en un granuja. Como profesor, Frank no tiene precio.

—Pero...

Donald sonrió tristemente.

—Sí, ya sé lo que se está usted imaginando, Spencer. ¿Por qué cree que estoy aquí? Hoy será puesto en libertad y deseo hablar con él, prevenirle, evitar, en lo posible, que dentro de unas horas venga aquí, de nuevo, pero esta vez a la celda de los condenados a muerte.

—¡Es espantoso!

—Lo es, amigo mío. Todos los esfuerzos de ese hombre, que sacó la cara por el granuja de Tompkins, no han servido para nada. ¡Cinco años aquí sin utilidad alguna!

—¿Y qué hará cuando se dé cuenta de que su hijo no es lo que él deseaba?

—¿Qué haría usted en su lugar, Spencer?

Un nuevo silencio se estableció entre ellos.

Después Donald dijo:

—Por eso he venido a verle, antes de que salga a la calle. Yo desearía que se vengase inmediatamente del otro, que declarase, bajo juramento, que él no fue culpable de nada. Aunque, naturalmente, tendríamos mucho trabajo contra los abogados de Frank, puesto que una pena cumplida borra definitivamente el delito que la provocó.

—Es un asunto muy feo.

—Más de lo que parece. Mercer, en el peor de los casos, podría ayudarnos a tender una trampa a Tompkins. Él ha llevado las cuentas

de ese sinvergüenza y podría contarnos cosas interesantes, que las compañías de transporte no se han atrevido a declarar. Ya me comprende usted, Spencer: si lográsemos alguna prueba, por pequeña que fuese, Frank estaría perdido.

El director le miró, con simpatía.

—No ha logrado nada hasta ahora, ¿verdad, Callowan?

Donald movió la cabeza.

—Absolutamente nada —dijo—. Frank es escurridizo como una anguila y sabe llevar sus asuntos desde lejos. Sabemos que sigue explotando al transporte que gana cada vez más, pero sólo eso.

—Es posible que Mercer reaccione como usted dice.

—Ésa es mi gran ilusión, mi única esperanza. Claro que también quiero evitar que Robert, dejándose arrastrar por la cólera de un padre defraudado, cometa algo de lo que no podamos salvarle.

—¡Pobre hombre! ¡Qué disgusto le espera!

—Suya es la culpa. Su objetivo era bueno, pero no así la manera de conseguirlo. No se puede ir contra la ley, aunque se persiga un bien noble.

—Tiene usted razón.

Tintineó entonces el teléfono y Spencer descolgó el aparato, hablando durante unos segundos; después, tras haber colgado, comunicó;

—Mercer viene hacia aquí. ¿Quiere que les deje solos?

—Será mucho mejor, si no le molesta.

—¡De ninguna manera!

Spencer se levantó, abandonando su asiento. Y acercándose al jefe de la SIP dijo:

—Le deseo mucha suerte, Callowan.

—Gracias.

Una vez solo, Donald se sentó en uno de los sillones, no lejos de las ventanas y encendió un cigarrillo.

Momentos después alguien llamó tímidamente a la puerta.

—¡Adelante!

Al abrirse la puerta, Donald levantó la cabeza, viendo a Mercer que entraba y que, a su vez, miraba sorprendido al jefe de la SIP.

Robert había cambiado.

No debía de tener mucho más de cuarenta y cinco años, pero sus cabellos se habían tornado blancos y la frente estaba cruzada por profundas arrugas. Hasta el brillo de sus ojos parecía haber perdido

intensidad.

—¡Hola, Mercer!

El otro sonrió, haciendo un verdadero esfuerzo por lograrlo.

—¿Le han hecho director de Sing-Sing, señor Callowan?

—Ya sabe usted que no, Robert. Siéntese, por favor.

El otro obedeció.

—¿Un cigarrillo?

—Gracias.

Encendió, mirando curiosamente al policía; luego, al ver que Callowan no despegaba los labios, pidió:

—Ya puede usted soltar su sermón, Donald. Lo espero. Pero haga el favor de ser breve. Quiero abandonar este lugar cuanto antes.

—Lo comprendo, Robert.

El otro rió de nuevo nerviosamente.

—¿Comprender? ¡Me extraña! Un polizone, por muy importante que sea, no suele comprender muchas cosas.

—Se equivoca, Mercer. Yo, personalmente, lo comprendo todo.

—¿De verdad? —se mofó el otro.

—Sí, de verdad. ¿Por qué cree que he venido a verle?

—Para el sermón.

—¿Qué sermón?

— ¡No se haga el tonto, Callowan! Nunca lo fue... Usted va a largarme uno de esos «rollos» de campeonato... «Que debo ser bueno, que no debo volver a delinquir, que la sociedad me espera con los brazos abiertos...» ¿No es eso?

—No.

Robert enarcó las cejas.

—¿Entonces?

Callowan le miró a los ojos fijamente; luego comunicó:

—He venido a hablarte de tu hijo.

Mercer se estremeció, como si acabase de recibir un golpe. Su rostro se ensombreció y su voz al hablar se hizo dura, cortante.

—No crea que voy a permitirle un chantaje sentimental, Callowan. Además usted no tiene que decirme nada de Paul.

—Se equivoca.

—Escuche, Callowan. Creo que no tiene derecho a retener a un hombre que ya está en libertad. ¡Déjeme largar! Será mejor para todos.

—Lo siento, Robert, pero no puedo hacerlo. Tengo algunas noticias para usted y, contra mi deseo, tengo que decírselas.

—¿Qué le importa a usted mi vida particular?

—Nada.

—¿Entonces?

—No me inmiscuiría en ella si no fuese porque puede provocar jaleo.

—No le entiendo.

Donald tragó saliva con visible dificultad. Había pensado mucho en aquel momento, pero le desagradaba horriblemente tener que echar por tierra las ilusiones de un padre.

Finalmente, se decidió, sabiendo que no le quedaba otra alternativa posible.

—Paul no está en el colegio —dijo para empezar.

El otro sonrió.

—No es ninguna novedad, polizonte. En su última carta me decía que hacía ya tiempo que estaba en la Universidad de Harvard.

—No es verdad.

Mercer cerró los puños.

—¿Qué intenta decirme?

—Todo. Paul forma parte de la banda de Tompkins desde hace más de cuatro años.

Mercer, pálido como la muerte, se había puesto en pie. Sus ojos relampagueaban.

—¡Mentira, asqueroso «pies planos»! ¡Mentira!

—Es verdad, Robert. ¿Para qué podría yo estropearle estos momentos? Créame que me duele tener que avisarle, pero he de prevenir.

—¿El qué?

—Su cólera, Mercer. Su cólera de padre defraudado.

Hubo una larga pausa.

El rostro de Robert se había descompuesto y tornado un sucio tono de ceniza.

—¡No es verdad! ¡Paul no puede haber hecho eso! ¡Es imposible!

—¿Y Frank?

—Tampoco —sus ojos brillaron maliciosamente— ¡Ya sé lo que se propone, Callowan! Quiere que arme ruido, que haga escándalo. No ha podido olvidar que Frank se le escapó de entre los dedos.

—Eso ya lo sé. Y no lo olvido. Tampoco he olvidado que usted se

convirtió en un perjuró..., ¡lo peor que puede hacer un hombre!

—¡Ya veo su juego, «pies planos»! Pero no crea que va a encolerizarme. En cuanto al asunto de Frank, ya está arreglado y no tenemos más que hablar.

—Se equivoca usted respecto a mis propósitos, Robert.

—¡Qué va! Lo que usted quiere es que yo cometa una tontería, creyendo sus mentiras, y que le diga lo que le interesa para curar a Tompkins... ¡Muy listo, Callowan! Pero no lo suficiente para engañarme.

Bajó la voz y acercándose al jefe de la SIP, dijo:

—Escuche, Donald... He pasado cinco años de mi vida en este agujero. Cinco años esperando este momento... y lo que vendrá después. Ya le habrán dicho a usted que no ha habido un preso tan dócil como yo, tan obediente y sumiso... Me condenaron a nueve años y un día, pero he logrado acortar la pena por buena conducta... —Sonrió, seguro de sí mismo—. ¿Y ahora quiere usted que eche a rodar todo, que estropee el resto de mi vida por unas mentiras tuyas?

—No lo son.

—Sí, Son mentiras, argucias de polizón para hacer que un hombre se desespere y pierda todo lo que ha ganado en cinco años.

Callowan se mordió los labios.

—¡No diga tonterías, Robert! No me es simpático, como ningún perjuró lo es, pero no me perdonaría yo el perderle de nuevo. ¿Me cree un monstruo, Mercer?

Y como Robert no dijese nada, continuó:

—Lo que temo, precisamente, es que se ciegue al conocer la verdad. La jugada que Tompkins le ha hecho.

—¿Insiste aún, eh? No logrará nada.

—¡No sea estúpido! Y piense que le he advertido.

—Muchas gracias. ¿Puedo irme ya?

—Sí, puede irse.

Robert se dirigió hacia la puerta y llamó a ella. El guardián la abrió y Mercer le siguió, hacia el lugar donde iban a despedirle definitivamente de la prisión.

Entró Spencer en el despacho.

—¿Ha ido todo bien?

—No. No ha querido creerme.

—¿Y qué va usted, a hacer?

—No lo sé.

—¿Hacer que le sigan?

—Sería contraproducente. Mercer no es tonto y se imaginará que vamos a vigilarle. Lo mejor es dejar que las cosas sigan su curso.

—¿Y si mata a. Frank?

—Tendremos que procesarle y condenarle, aunque nos haya hecho, en el fondo, un gran favor. Y eso sería lo que me causaría pena.

Spencer encendió un cigarrillo.

—Cuando compruebe lo que Frank ha hecho con su hijo, estallará como una granada. Nadie podrá detenerle.

—Eso es lo que temo.

—¡Lástima que no le haya escuchado!

—Si, pero era normal. Para un hombre como Mercer, a pesar de que no es ningún criminal nato, yo no soy más que un asqueroso polizonte, un «pies planos» lleno de ideas malas, repleto de trampas y traiciones... ¡Ha vivido lo suficiente junto a Tompkins para pensar así!

CAPÍTULO II



Le salió fuera, al otro lado del portalón de la prisión, Robert se detuvo, bajo el cegador resplandor del sol y la sensación angustiosa que le causaba todo aquel espacio abierto.

Pero se dominó en seguida.

Subiendo al autobús, tuvo tiempo de mirarse en el cristal de la ventanilla. Sonrió al ver que su traje gris, el que la prisión le había vendido, en cambio de su uniforme de penado, no pasaría inadvertido en parte alguna.

No, no podía, presentarse a Paul con aquella facha.

¿Qué hacer?

Por fortuna, había ahorrado cerca de cuatrocientos dólares, trabajando en Sing-Sing y ahora podía invertir una parte en adecentarse, tirando al cubo de la basura la ropa que llevaba puesta y que, a pesar de ser nueva, poseía el inconfundible olor de la cárcel.

Cuando llegó a la ciudad; dos horas más tarde, fue directamente a un almacén del que salió convertido en una «persona normal». Se miró y remiró en los escaparates de las tiendas, complacido de su nuevo aspecto y locamente contento de haber salido de aquella maldita prisión.

Aunque...

Sonrió..

Había sido un esfuerzo muy grande, pero Paul merecía todo aquello y mucho más, ya que con los cien mil dólares que Tompkins iba a pagarle, podría su hijo estudiar la carrera de abogado y él poner una tiendecita en cualquier parte de la ciudad.

Hasta que Paul terminase su carrera.

Bajó por la Décima Avenida, pensando en todo el profundo cambio que su sacrificio iba a dar a su vida; pero, de repente, pensando en lo que Callowan le había dicho, frunció el entrecejo, amargando el curso de sus optimistas, ideas..

— ¡Puerco «pies planos»! —musitó entre dientes.

Estaba completamente seguro de que Donald le había mentido, buscando sólo enervarle, ponerle fuera de sí, lanzarle ciegamente contra Frank. Por eso, confiando en Tompkins, que no podía haber olvidado lo prometido se dirigió hacia la parte baja de la ciudad, deseoso de entrar en contacto con alguno de los miembros de la organización de Frank, para poder saber dónde podría encontrar a éste.

Antes que nada, quería cobrar los cien mil dólares e irse después en busca de Paul, invitándole a comer en algún sitio lujoso, tras vestirle «como un señor».

Sonriente, encendió un cigarrillo. Penetró ya en plena Battery donde, poco después, encontró un bar que los amigos de Frank solían frecuentar. Encontró el establecimiento poco cambiado y después de acercarse al mostrador y pedir un vaso, vio a un conocido en una mesa alejada, trasladándose allí con el «whisky» que acababan de servirle, en la mano.

— ¡Hiola, Wilke!

El hombre levantó la cabeza, mirando fijamente a Mercer. Durante unos segundos, parpadeando con intensidad, luchó por encajar aquella imagen en su memoria, un tanto ablandada por el alcohol; pero, al sonreír, demostró recordar.

— ¡Pero si es Robert!

— El mismo.

— ¡Siéntate, hombre! ¿Cómo por aquí?

Mercer se sentó.

— Me han soltado esta mañana —dijo.

— Ya recuerdo. Tú fuiste el que pagaste por Frank, ¿no?

— Eso es, pero no levantes tanto la voz.

El otro torció el gesto.

— ¡Bah! ¿Lo dices por Frank?

— Lo digo por mí.

Wilke se encogió de hombros; después, señalando el vaso vacío, pidió:

— ¿Me invitas a un trago, Robert?

— Sí.

Y cuando el camarero dejó la botella sobre la mesa, Arthur Wilke se llenó el vaso, bebiéndolo con ansia.

— ¿Estás mal de dinero? —inquirió Mercer, extrañado y dándose cuenta del aspecto del otro.

—Muy mal... Desde que ese cerdo de Frank me echó, no he vuelto a ganar un solo dólar.

—¿Que Tompkins te echó? ¿Por qué?

—Por lo mismo que hizo que Teicher y Zilz se largasen.

Robert pensó que habían pasado muchas cosas en la organización desde que él fue encerrado.

—¿Hicisteis algo malo? —inquirió.

Los ojos nublados del otro se clavaron en los suyos. Y una mano temblorosa se posó sobre su brazo.

—¿Verdad que vas a matarle, Robert? ¡Júramelo!

—No entiendo.

—¿Es que... no sabes nada?

—No.

El otro movió la cabeza, balanceándola sobre su fuerte cuello.

—Frank es un perro inmundo, Robert. Ya sabes que nosotros tres éramos tus amigos..., ¿verdad que lo sabes?

—Sí.

—Frank te engañó miserablemente... Tu hijo...

Mercer se estremeció.

—¿Qué le ha ocurrido a mi hijo, Wilke?

—No lo conocerías. Lo ha cambiado, Robert... Lo sacó del colegio y le metió en la banda.

—¡No!

—Es verdad, amigo mío. Nosotros tres le dijimos unas cuantas verdades. Sabíamos que tú te sacrificabas en la cárcel para que el muchacho fuese algo en la vida. Desde aquel día, en que le dijimos lo que pensábamos de él, no nos perdonó hasta echarnos por la borda.

Un sudor frío perlaba la frente da Robert.

¡Callowan había dicho la verdad!

Durante un buen rato, Mercer se quedó con la mirada vacía, como si todo lo que bullía en derredor suyo hubiese desaparecido, esfumado, como una decoración cinematográfica.

¡Paul convertido en un criminal!

No podía ser posible. Y aunque Frank hubiese deseado hacerle daño, ¡nada se había perdido! porque él conocía a Paul mejor que nadie y sabía perfectamente que el muchacho estaría sufriendo, engañado por Tompkins, sacrificándose a su vez, creyendo que debía llevar aquella deshonesto vida para librar a su padre de un peligro que Frank debía haber inventado.

¡Calma, Robert!

No debía precipitarse.

De haber estado solo, lanzarse contra Frank y destrozarle hubiese sido su reacción primaria, inmediata.

Pero había Paul.

Sin poder dudar ya de que Callowan había dicho la verdad, Robert dominó la angustia y el odio que hervían en su pecho, buscando un razonamiento, un plan, algo que desbrozase el camino de lo que había de hacer sin perder tiempo.

Indudablemente, Paul —y de esto estaba seguro— no era Un muchacho que pudiese caer tan bajo como estaba Frank. Lo que había ocurrido era que el muchacho, engañado por aquel miserable, creyó que su deber hacia su padre era estar junto a Tompkins, que, no cabía la menor duda, debía haberle prometido ocuparse de Robert si le ayudaba.

Paul era listo, muy listo —y Robert sonrió al pensar en su hijo—, lo que Frank habría utilizado, creyendo así parar las reclamaciones de Mercer, cuando éste saliese de Sing-Sing.

—¿Qué vas a hacer? —inquirió Wilke, después de servirse un nuevo vaso de alcohol—. Si quieres —agregó—, yo te ayudaré a aplastar la cabeza de esa víbora..

—No —repuso Mercer—, no hace falta. Mis planes son muy otros.

—¿Cuáles?

—Escucha, Arthur: si, siguiendo tus consejos, me lanzase ahora de cabeza para matar a Frank, no habría más que una persona que se alegraría de ello, frotándose las manos encima.

—¿Quién?

—Callowan, el de la SIP. Ese polizonte está deseando que haga una barbaridad y que le libere al mismo tiempo de Tompkins,

—Puede ser verdad.

—Lo es, Arthur. Lo que voy a hacer es muy distinto. Iré a ver a Frank y le haré que me pague los cien mil dólares que me prometió. Después veré a Paul, Un cuarto de hora de charla con mi hijo bastará para que se dé cuenta de todo. Y me lo llevo conmigo lejos de esta maldita ciudad, a empezar una nueva vida. Hay otras muchas universidades donde Paul puede seguir sus estudios.

— ¿Y crees que Frank te soltará los cien mil pavos así como así?

—¡Claro que lo hará! Sé cosas que podrían darle un serio disgusto. ¿No sabes que guardo los libros de su primera época? Hay en ellos lo bastante para que le echen veinte años.

—¡Eres un tío grande, Robert! Y, francamente, me alegro de que puedas arreglarlo todo por las buenas.

—¿Y vosotros?

—Nosotros esperamos la ocasión, amigo mío. Frank debe pagar... y pagará.

—Ya os echaré una mano cuando tenga el dinero. Después de todo, si fuisteis despedidos fue por mi culpa.

—No lo creas. Nos pusimos furiosos al ver que Frank, no cumplía lo prometido.

—Lo comprendo, ¿Sabes dónde puedo ver a Frank?

—Sí. ha comprado un local, el que hace siete, en la calle Treinta, y dos: una verdadera joya. Naturalmente, los tipos de la puerta no nos dejarían entrar ni a tiros —sonrió— ¡Y no vayas a creer que no nos gustaría ponerle la mano encima.

—¿Cómo se llama el local?

—«Blue paradise», cuando tendría que llamarlo «Red Hell⁽¹⁾».

—No te preocupes, Arthur. Vendré a buscarte por aquí, quizá mañana. Toma estos diez dólares, pero no te los gastes todos en bebida. Come un poco.

—Así lo haré.

* * *

«The Blue Paradise» estaba situado en la esquina de la calle Treinta y dos y la Cuarta Avenida. Una luminosidad azulada brotaba del letrero y la entrada había sido construida con un lujo exótico; enormes palmeras, huecas, de cristal, con iluminación propia, daban un aspecto de oasis que invitaba a visitarlo.

Robert bajó del taxi y se acercó al hombre que, en impecable Uniforme, guardaba la entrada.

—Buenas noches, señor —Saludó el cancerbero.

—Buenas noches.

Aquel tipo debía ser nuevo, ya que no le reconoció y Mercer penetró en el interior, dejando el abrigo y el sombrero en el guardarropas.

La sala, ultramoderna, estaba concebida con líneas audaces y el lujo que reinaba por doquier denotaba que debía haber costado una verdadera fortuna.

«Más de medio millón de dólares —pensó Mercer sonriendo—. No le deben ir mal los asuntos a Tompkins...». -

La barra estaba al fondo y tenía forma ondulante. Su superficie

parecía de oro macizo y las «barmaids», en número de cinco, uniformadas impecablemente, no daban abasto a servir las consumiciones que, tanto los clientes como los camareros les pedían sin cesar.

El asunto era una mina.

Robert bebió un doble whisky», le hacía falta, buscando después con los ojos al «maitre». Y cuando lo descubrió, en traje de etiqueta, no pudo evitar una sonrisa al reconocer a Lyman, uno de los granujas que llevaban cerca de ocho años al servicio del «boss».

Se dirigió a él.

—¡Hola.. Sídney!

El otro se volvió, como si le hubiese picado una serpiente de cascabel; pero de momento no reconoció a su interlocutor.

—¿El señor desea una mesa? —inquirió inclinándose.

—¡Déjate de pamplinas, sidney! ¿Es que olvidas así a tus amigos Soy Robert Mercer ya que tengo que presentarme.

—¿Robert? ¡Por todos los demonios del infierno! ¡Es verdad! Es has cambiado mucho, amigo.

—La prisión tiene eso, muchacho: cambia mucho, en verdad.

Lyman tocó el borde ele acero cromado de la mesa y, tras lansar un silbido dijo:

¡Toco hierro! No hables de esas cosas, Robert.

—No te preocupes. ¿Dónde está Frank?

Lai expresión jovial del otro desapareció.

—¿Frank?

—Sí. Quiero, verlo. Me han soltado ésta mañana.

Robert se dio cuenta de que los ojos del otro brillaban de una manera extraña y que la expresión de su rostro cambiaba.

—¡Que tonto soy! —exclamó Sidney—. Es verdad. Naturalmente que debes de estar deseando ver a Frank; Ven por aquí.

Le siguió Mercer, penetrando detrás del otro por una puerta que daba a un pasillo profusamente iluminado.

Al final había un saloncito.

Robert reconoció a los tres hombres que, en mangas de camisa, dejando ver los «holsters», de los qué asomaban los revólveres, jugaban, a las cartas.

—¿Sabéis a quién os traigo, muchachos? —exclamó -Sidney—. ¡A Robert Mercer en persona!

Y se hizo a un lado, dejando que los otros se diesen cuenta de que

no se trataba de una broma.

Todos se levantaron y estrecharon cordialmente la mano del recién llegado. Hasta le dieron palmaditas en la espalda.

— ¡Contentos de verte por aquí! —exclamó Robinson, que parecía llevar la vos cantante.

—Viene a ver a Frank —dijo el maître.

—Naturalmente —repuso Robinson—. En seguida le verás, Permite, Robert.

Ylo cacheó, claramente, sonriendo mientras lo hacía.

—Ya comprenderás: es una orden y tengo que cumplirla.

—Entiendo. —dijo Mercer, mordiéndose los labios;

Después, cuando el otro terminó el cacheo preguntó:

—¿Convencido?

—De arriba abajo. Espera un momento. Voy a avisar a Frank.

Y desapareció por una puerta del fondo.

Los otros le miraban, pareciendo embarazados o molestos.

—No parece alegraros mucho mi llegada, ¿eh, chicos? —inquirió Mercer—. ¿Tanto han cambiado las cosas?

—¿Por qué dices eso? —preguntó Gault.

Mercer dijo:

—Porque me miráis como a un bicho raro.

—Todos estamos contentos de volver a verte —intervino Lyman—. ¡De verdad, Robert!

Fue en aquel momento cuando Robinson volvió a aparecer. Sonreía de una manera extraña.

—Ya puedes pasar, tú. El jefe te espera.

Dejó que Robert pasase delante de él, siguiéndole hacia el fondo de un nuevo pasillo, donde una puerta entreabierta dejaba salir un chorro de luz azulada.

—Pasa —dijo Robinson.

Y se quedó fuera, cerrando la puerta a las espaldas de Mercer.

Éste penetró en un elegante despacho.

Todos los muebles habían sido escogidos y denotaban un gusto exquisito. La iluminación era indirecta y suave. Además, el aire estaba acondicionado y perfumado.

Frank estaba allí, sentado detrás de la imponente mesa.

— ¡Pasa, Robert! ¡Qué alegría volver a verte! ¡Siéntate donde quieras! Estás en tu casa.

Así lo hizo Mercer, rehusando la caja de habanos que el otro le tendía y encendiendo un cigarrillo de su propio paquete.

—¿Un trago? —inquirió Tompkins, señalando la botella que había sobre la mesa.

—Bueno.

El otro lo sirvió y durante unos segundos, no se oyó más que el tintineo de la botella al chocar con las copas.

Después preguntó:

—¿Cuándo has salido?

—Esta mañana.

—¿Fue duro?

—Un poco. ¿Dónde está Paul?

El otro posó el vaso, sin mirar hacia el visitante.

—Está aquí.

—¿Aquí?'

Había todo un reproche en el tono de voz de Mercer, que el otro sintió perfectamente; pero, dominándose, hasta consiguió una sonrisa.

—¿Quieres verle?

—Sí, pero antes deseaba...

No tuvo tiempo de terminar la frase.

Tompkins debía haber apretado un botón, el de un timbre de llamada, porque la puerta de la izquierda se abrió, dejando paso a un hombre alto.

—Aquí tienes a tu hijo, Robert.

Mercer, sintiendo que su corazón se ponía a latir a toda prisa, se volvió hacia el recién llegado.

CAPÍTULO III



El hombre que estaba bajo el dintel de la puerta era alto, de anchas espaldas, rostro curtido por el sol e iba vestido con una elegancia demasiado refinada: un traje verde marengo con una casi invisible línea rojiza, una camisa negra, la inevitable corbata blanca y un par de zapatos negros, excesivamente puntiagudos, de charol.

Para Robert, habituado a conocer los hombres del ambiente en el que había vivido, antes de ser encarcelado, aquella manera de vestirse no dejaba lugar a dudas. Era el atuendo clásico del «preferido» del jefe de una banda, del pistolero matón, del elegante y temido gallito, siempre al servicio del «boss».

Los rasgos eran, no obstante, los de su hijo, aunque una luz, entre burlona y cruel, había borrado la sinceridad del brillo de los ojos, sinceridad que Mercer recordaba ahora con una tremenda angustia en el pecho.

¡Paul!

¿Cómo era posible que hubiese cambiado tanto en cinco años?

Porque, mejor que nadie, era él quien se daba cuenta del «bajón» de la mentalidad de aquel joven que tenía frente a él. Había dejado a Paul en un colegio donde se respiraba seriedad, lo había dejado con el ansia de ir a la universidad, repleto de cosas buenas, de proyectos magníficos...

Y ahora...

Pero, a pesar de todo, su corazón de padre era incapaz de acallar la inmensa alegría que le inundaba. Porque, debajo de aquel disfraz y hasta debajo de la expresión de Paul, que no podía ser más que una postura, debía encontrarse su verdadero hijo.

Se levantó, notando que las piernas le temblaban un poco.

— ¡Paul, hijo mío!

El otro sonrió.

— ¡Hola, papá!

Era hermoso, muy hermoso, oír llamarse aquello, después de cinco interminables años de espera.

Pero Robert se mordió los labios, porque le hubiese gustado lanzarse a los brazos de Paul, estrecharle fuertemente contra su pecho y decirle las cosas, muchas, que había estado pensando en Sing-Sing.

La presencia de Tompkins se lo impedía.

Por eso, volviéndose a él, recordó el principal motivo de su visita. Y, haciendo de tripas corazón, dijo:

—Te agradezco mucho que hayas cuidado de Paul, Frank; pero, hablando de lo que nos interesa... ¿dónde está el dinero?

Tompkins sonrió.

—Se lo he dado a él, Robert.

Mercer miró a su hijo.

—¿Es eso cierto, Paul?

—Sí.

Haciendo un esfuerzo, Mercer sonrió también.

—Después de todo —dijo—, es igual, ya que el dinero era para él. Ahora, que ya lo tienes, podremos alejarnos de aquí. Tengo hermosos proyectos para ti, hijo mío.

—¿A qué te refieres? —inquirió Paul, que no se había movido del dintel de la puerta.

—A lo que tú sabes. A la Universidad...

Paul lanzó una carcajada hiriente, como un cuchillo que se clavase a traición.

—¡Qué cosas tienes, viejo! ¿Le has oído, Frank?

—¿Qué quieres decir? ¿Es que ya no te interesa la Universidad?

—¡No digas estupideces, padre! Todo eso pasó. Yo ya tengo la vida organizada y sé lo que he de hacer.

—Pero...

—¡Despierta de una vez, viejo! Y déjate de soñar en universidades. Estoy al lado de Frank y seguiré junto a él.

—¡Eso no!

Los ojos de Paul se entornaron y una sonrisa burlona entreabrió sus labios.

—¿Es que no te has dado cuenta de que soy mayor de edad?

Un sudor frío corría por la espalda de Robert.

—Yo he estado encerrado cinco años para favorecerte —dijo a modo de excusa.

—¿Y qué culpa tengo yo de tener un padre tonto? ¿No es verdad,

Frank?

—¿Cómo? —aulló Mercer—. ¿Todavía te ríes de esos años que he pasado en Sing-Sing para hacer de ti un hombre de bien?

—Puedes guardarte tus proyectos para otro.

Robert se mordió los labios.

No podía caberle la menor duda de que Paul había cambiado.

Del todo.

Frank le había convertido en aquel «guapo de barrio», en aquel tipo achulado y sin alma.

Cerró los puños y volviéndose a Tompkins exclamó:

—¡Bien! Has ganado, Frank. Yo creía tener un hijo, pero me he convencido de que no es así. No importa. Mi vida vale mucho más que todas estas miserias. ¡Quiero mis cien mil dólares!

—Ya te he dicho que se los he dado a Paul.

—Eso no me importa. Quien ha estado en la cárcel he sido yo. Además —y miró a su hijo—, debe de tener todavía gran parte del dinero. Que me lo dé y me largo.

—¡Alto ahí!— exclamó Paul—. De lo que yo haya hecho con «mi» dinero nada le importa a nadie. Y menos a ti.

—Ya lo has oído —sonrió Frank.

Una oleada de cólera invadió brutalmente a Mercer.

—¿Crees que vas a escapar así, Tompkins? ¿Es que no me conoces? —apoyó las manos en el borde de la mesa del despacho—. Firma un cheque por cien mil dólares. ¡Ahora mismo!

—No lo haré, Robert: no me he vuelto loco aún.

Sin poder contenerse, Mercer saltó sobre él, golpeándole con todas sus fuerzas y lanzándolo hacia atrás, sobre un sillón giratorio.

—¡Perro! —rugió, sintiendo que iba a matar.

—¡Ayúdame, Paul!

Aquella exclamación heló la sangre en las venas de Mercer.

Pero no tuvo tiempo de reaccionar.

Unos brazos poderosos le cogieron por la espalda, haciéndole dar la vuelta. Entonces, un puño macizo cayó sobre su rostro, haciéndole caer en el suelo. Una vez allí. Paul empezó a darle patadas.

Era tal el asombro de Robert, su intenso sufrimiento moral, que apenas sintió el dolor físico que le procuraban los golpes que iba recibiendo.

—¡Basta! —exclamó Tompkins.

Paul retrocedió unos pasos.

Padre e hijo se miraron largamente. En los ojos de éste no había más que desprecio y odio. En los del padre había algo que nadie más que él podía comprender.

Dando la vuelta al despacho y acariciándose la parte dolorida del rostro, Frank se plantó ante el caído.

—¡Lárgate, imbécil! Vete de aquí antes de que ordene a Paul que te machaque la cabeza.

Mercer se levantó penosamente.

—Y no vuelvas a aparecer por aquí —amenazó Frank—. Lo pasarías mal. Yo he pagado a tu hijo y cumplido mi palabra. Si él, por fortuna, se ha dado cuenta de que tenía un padre estúpido... ¡allá vosotros! ¡Largo!

Robert se dirigió a la puerta, la abrió y salió, siendo entonces conducido por Robinson por un pasillo lateral.

—¿Una buena sorpresa, eh, Robert? —inquirió el otro en tono de burla.

—¿Cómo ha podido cambiar tanto?

— ¡Cosas de la vida! Hiciste el idiota, Mercer. Y el chico se está convirtiendo en el brazo derecho de Frank. No le falta nada y vive como un príncipe.

Mercer no dijo nada.

¿Para qué?

Debía dejar que su alma siguiese destilando pena, desesperación. Y así una vez fuera de aquel local, marchó, por las calles, hacia el sur de la ciudad y entró después en un bar cualquiera donde pidió una botella que fue consumiendo, sin vaso, trago a trago.

* * *

Paul detuvo su imponente Pontiac ante la fachada de la Compañía de Transporte del Este. El coche frenó suavemente y Paul sonrió al ver la admiración que entre los transeúntes despertaba el vehículo, completamente pintado en naranja.

Hinchó el pecho mientras descendía, jugueteando con las llaves en la mano.

No le cabía la menor duda de que era un hombre importante, capaz de llamar la atención de todos, de despertar la envidia en los hombres y la admiración en las mujeres.

Al recordar la visita de su padre, frunció el entrecejo. Verdad era que deseaba verlo, conocerle, después de aquellos cinco años de ausencia, ya que durante su estancia en el colegio no le veía más que

de tiempo en tiempo. Pero, al mismo tiempo, hubiese deseado no volver a verlo. Porque hubiese deseado tener un padre «importante», alguien como Frank, valiente, listo e incapaz de cargar con el muerto de otro, como había hecho Robert.

Había aprendido a dejar de un lado las sensiblerías y tomar las cosas por el lado práctico de la vida, sin ver de ella más que el lado aprovechable, íntimamente ligado al poder del dinero.

Llevaba una cartera de piel de cocodrilo donde, dentro de unos minutos, el gerente de la Compañía colocaría los billetes correspondientes al pago del mes: sesenta y tres mil dólares, en hermosos fajos, por la protección que Tompkins hacía a los camiones de la Sociedad.

¿No estaba mal del todo, eh?

Un buen puñado de dólares que, junto a los que las otras Compañías entregaban, dócilmente, formaban una cantidad nada despreciable, que había permitido a Tompkins comprar los mejores locales de la ciudad y convertirse, en poco tiempo, en un verdadero personaje.

¡Frank sí que era un tío grande!

Y todavía quería su padre que abandonase todo aquello: el coche, que era suyo, su piso magnífico, su tren de vida, sus trajes, todo para ir a romperse los codos en una universidad y convertirse en un abogado mediocre, en un pobre tipo que tendría que contar la calderilla antes de salir de casa.

¡Menudo plan!

Sonrió, penetrando en el amplio «hall», que atravesó sonriente, yendo hacía los ascensores.

—Planta octava —dijo al ascensorista,

Momentos después penetraba en el elegante despacho del gerente. Éste le recibió con la sonrisa acostumbrada, quizá más acentuada.

—¿Cómo va eso, señor Lower? —saludó el joven.

—Muy bien. Siéntese, por favor. ¿Un cigarrillo?

—Gracias.

Paul aspiró: el humo con verdadera fruición; luego comentó:

—¿Hermoso día, eh?

—Sí. Es una pausa en el invierno. Hoy ha lucido el sol.

—¿Lo tiene todo preparado?

—¿El qué?

Paul frunció el entrecejo, mirando, fijamente al otro.

—No le comprendo, Lower. Vengo a por lo de siempre.

El gerente sonrió.

—No sabe usted cuánto lo siento, amigo mío, pero hemos cancelado el contrato.

—¿Eh?

—Sí. Prescindimos de sus servicios.

—No me gustan las bromas...

—No es broma. Hemos recibido una oferta, mucho más beneficiosa para nosotros y con las mismas garantías de protección.

—¿Quién ha sido?

El otro amplió su sonrisa.

—Los informes comerciales son secretos, amigo.

Paul había cambiado de color y la rabia le mordió durante unos segundos; luego, sonriendo, preguntó:

—¿Se da usted cuenta a lo que se expone, Lower?

—A nada. La protección que nos han ofrecido, repito, es completa.

Paul se puso en pie.

—Es una lástima que cometan ustedes un error tan grande.

—No es error, amigo mío. La nueva «compañía de seguros» no nos hace pagar ni la mitad que abonábamos a ustedes hasta ahora.

—Serán mayores las pérdidas.

—Me permito dudar de ello. De todos modos, le ruego que demos esta conversación por acabada. Ya comprenderá... tengo mucho trabajo.

Paul se mordió los labios; pero, dominándose, volvió a sonreír.

—Pasaré por aquí dentro de un par de días, Lower.

—Perderá el tiempo, señor Mercer.

—Eso ya lo veremos.

Salió del despacho, furibundo, preguntándose quién sería el loco que se atreviese a enfrentarse con Frank.

«De todos modos —se dijo—, tengo que avisarle inmediatamente...»

Luchando contra las dificultades de la circulación, que era muy intensa a aquellas horas de la mañana, llegó quince minutos más tarde a Richmond, donde Tompkins tenía su Cuartel General, en una hermosa mansión que habla comprado un año antes.

La casa estaba rodeada por una alta verja de hierro, que limitaba un jardín muy bien cuidado. El portero, al reconocer a Paul, abrió la puerta de hierro y el joven apretó el acelerador, adentrándose por el camino que conducía al porche.

Robinson y Lyman estaban allí, ante sendos «whiskies», leyendo la prensa de la mañana.

— ¡Hola, Paul! —saludó George.

— ¡Hola! ¿Dónde está el jefe?

— Arriba. ¿Hay algo nuevo?

— No —mintió Paul.

Y entró en la casa, dirigiéndose hacia el salón, en el primer piso, donde Tompkins solía estudiar sus cosas durante la mañana.

Cuando Frank le vio entrar, frunció el entrecejo, ya que la expresión del rostro, del joven era inequívoca.

—Siéntate, Paul. ¿Qué ha pasado?

—Vengo de la Compañía del Este.

—¿Y qué?

—No han querido pagar.

—¿Te han dado un motivo?

—Sí. Alguien les ha ofrecido protección a un precio más bajo.

Frank sonrió.

—¿Conque competencia, eh? Siempre me extrañó que nadie intentase cruzarse en nuestro camino.

—¿Quién puede ser?

—No lo sé, pero no te preocupes demasiado... Algún aficionado desesperado, que quiere ganar unos dólares sea como sea,

Hubo una corta pausa.

Luego Paul preguntó:

—¿Qué piensas hacer?

—Lo de siempre. Espera...

Consultó unos libros. Después llamó por teléfono. Cuando hubo terminado de telefonar dijo:

—Hoy salen cinco camiones de la Compañía del Este. A las nueve de la noche.

—¿Destino?

—Boston.

Y después de un silencio sentenció:

—Los cogeremos entre la 55 y la 57... es un lugar apartado.

—¿No será una trampa de la policía?

—Puede ser, pero esta vez no lograrán nada. ¿Crees que olvidé los momentos de angustia que pasé hace cinco años? No. Lo haremos de manera que no puedan echarnos el guante. Ven.

Se levantó, siendo imitado por el joven, dirigiéndose hacia una pared donde había un enorme mapa con las carreteras utilizadas por las compañías de transporte.

—Ellos esperan que ataquemos de la «forma clásica. Y es posible que Callowan tenga algo que ver en todo esto.

—¿El jefe de la SIP?

—Sí. Ese puerco no ha olvidado que me reí ante sus propias barbas, cuando ya creía haberme cogido en el cepo.

—¿Cómo lo haremos esta vez?

—«Estudiando primeramente el horario. Debemos hacerlo con todo detalle, al segundo. Luego excavaremos un agujero en la carretera, colocando una buena carga de trillita; es decir, cinco, escalonadas de forma que no estalle más que la última cuando el primer camión pase sobre ella.

—¿Y... si hay muertos?

Frank le miró fijamente.

—No podemos dejar que nos pisen el negocio —dijo con voz dura—. Ya me conoces y sabes que prefiero resolver las cosas con astucia; pero cuando todo lo que hemos logrado está en juego, no hay más remedio que atacar, enseñar a esos idiotas de la Compañía que no tienen más remedio que recurrir a nosotros. ¡Y ahora pagarán cien mil al mes si es que nos da la gana de protegerlos!

— ¡Muy bien hecho!

—Si precisamos el horario, tendremos todo a nuestro favor. Las cargas no serán muy fuertes: justo, para que los camiones salten y se destrocen. Pero tenemos que tener cuidado en impedir que alguien pase delante de los camiones.

—¿Cómo lo lograremos, Frank?

—Tú te colocarás en este punto —y señaló un lugar en el mapa—, junto a este pequeño cruce. Harás como si tuvieses una avería... y detendrás a todos los que pasen antes que los camiones. Cuando éstos lo hagan, ya no importará nada que cualquier despistado los siga.

—Comprendo.

Tompkins se frotó las manos.

—Así aprenderán esos idiotas de la Compañía y los de la competencia, a no jugar demasiado con Frank.

—¿No sospechas quién puede ser el otro?

—No, pero no tardaré en saberlo.

CAPÍTULO IV



AÚL detuvo el coche en el sitio que Frank le había ordenado. Bajando del vehículo, echó una ojeada a su alrededor, viendo que se hallaba en un lugar desierto, en medio de una llanura de impresionante extensión, iluminada por la pálida luz de las estrellas.

Echando una ojeada al cronómetro de oro que llevaba en la muñeca, consideró que aún era bastante temprano para regular la circulación, ya que Tompkins le había dicho que debía impedir el paso de otros vehículos a partir de las once en punto de la noche.

Todo había sido detalladamente estudiado.

Los camiones de la Compañía del Este llegarían a aquel punto a las once y media, siguiendo su camino por la 57 hasta llegar al punto donde las cargas estaban preparadas, seis millas más arriba,

Era posible que la policía interviniese en el asunto y que algunos agentes fuesen en los camiones.

Frank había pensado en ello.

Por eso las cargas no eran muy fuertes y sólo harían que los camiones volcasen, impidiendo así que pudieran seguir su camino y consiguiendo, al mismo tiempo, estropear la mercancía que era de primerísima categoría.

Entornando los ojos, Paul pensó que aquello terminaría, de una vez para siempre, con los idiotas que se habían atrevido á hacerles la competencia. Nadie los escucharía después de lo que ocurriese aquella, noche.

Y Frank, de nuevo solo, seguiría controlando el transporte desde los espaciódromos, sin más molestia que la de enviar a Paul para recoger los pagos y los beneficios.

Lo importante era impedir que un idiota cualquiera tomase precisamente aquella carretera a aquella hora, saltando sobre las cargas. Y Paul estaba decidido a impedirlo, costase lo que costase.

Después de fumar otro cigarrillo, consultó nuevamente el reloj,

diciéndose que ya era hora de preparar el «escenario». Abrió el capot del coche y sacó algunas herramientas que tendió sobre una alfombrilla, al lado de la rueda derecha.

Se había quitado la chaqueta y remangado la camisa, ensuciándose, adrede, los brazos, con un poco de grasa.

No le faltaba ningún detalle.

Con los pilotos encendidos, esperó, sin nacer ningún caso de los vehículos que marchaban en dirección contraria, hacia Nueva York, por el otro lado del seto que dividía la autopista en dos partes iguales.

Un poco más tarde prestó oído.

SI ruido de un motor, fatigado, que debía de proceder de un coche viejo o de una camioneta de reparto le puso en estado de alerta. Había colocado su propio coche atravesado, de manera que nadie pudiese pasar por allí.

Así, sonriendo, se inclinó hacia el motor, hurgando en él como si realmente buscase una avería.

El coche fue acercándose hasta que, iluminando el vehículo del joven, avanzó un poco más, frenando en seco. Se trataba, Paul lo vio en seguida, de un viejo cacharro que mejor hubiese ocupado un lugar preferente en un museo del automóvil.

Dos hombres bajaron del coche.

Uno de ellos, que no había dejado de cantar desde que se oyó su voz, descendió titubeando y Paul se dio cuenta de que debía de estar borracho.

Sonrió.

No le cabía la menor duda de que se trataba de dos compadres que habían elegido aquella carretera, lejos de sus respectivas matronas, para ahogar las penas con una buena provisión, de «whisky».

Los dos hombres se acercaron al Pontiac.

—¿Hay avería, amigo? —inquirió uno de ellos.

Paul se incorporó.

—Sí—.dijo, pasándose el dorso de la mano por la frente, como si se limpiase el sudor —Hace dos horas que estoy aquí y no adivino por qué se ha parado mi cacharro.

El ebrio lanzó una carcajada.

—¿Has oído, Vittorio? Llama cacharro a esta preciosidad... ¿Qué diría entonces del nuestro?

El otro rió, pero no tan estrepitosamente como su compañero.

—Veamos —dijo, acercándose a Paul—. Yo entiendo un poco de mecánica. ¿Cómo se paró el coche?

—Lo hizo de repente.

—¿Ha mirado la gasolina?

—Sí. Puse unos galones en la ciudad. Es imposible que ya se haya gastado.

El borracho se echó a reír.

Estaba apoyado en la aleta posterior del Pontiac y señalando, con brazo tembloroso, hacia el motor dijo:

—Oye, Vittorio... ¿y si le echásemos un poco de «whisky»?

—Calla. Luigi.

Estaba ya junto al motor y se asomó a él, tocando el delco y pasando los dedos por los cables.

—No creo que se trate de una avería eléctrica —dijo—. Veamos el carburador.

Paul tuvo que hacerse ligeramente a un lado para que el otro se acercase más al motor. Y en aquel instante, antes, de que pudiese hacer el menor gesto, se encontró con el largo cañón de una pistola sobre el vientre.

—¿Eh? —se sorprendió.

—No te muevas, amiguito. ¡Eh, Luigi!

El otro, abandonando su aspecto de borrachín, se acercó apresuradamente.

—¿Qué hay?

—Cachéale.

Lo hizo, sin encontrar arma alguna,

—¿Qué vamos a hacer ahora? —inquirió.

—Esperar al jefe —repuso el otro—. No tardará en llegar.

Paul miró a los dos hombres, comprendiendo que había caído en una estúpida trampa tendida por los de la «competencia». Se mordió los labios, hasta hacerse sangre.

Y el llamado Luigi, que no lo perdía de vista, dijo:

—No te pongas nervioso, muchacho. Hay que saber perder.

—¡Vosotros sí que perderéis! ¿No conocéis a Frank?

—Ni falta que nos hace.

Desesperado, Paul pensó en todo lo que se iba a perder si el plan de Tompkins se venía al suelo. Y empujado por el deseo de jugar la carta buena:

Paul dijo:

—Escuchad, muchachos...

—Di.

—Mil dólares a cada uno si me dejáis tranquilo y os largáis. No os conviene poneros frente a Frank.

—¡Y dale con Frank!" Pierdes el tiempo, amiguito.

El ruido de un coche potente se dejó oír en aquellos instantes.

—El jefe —anunció Vittorio.

Instantes después, un potente De Soto paraba detrás del carricoche de los dos hombres. Tres más bajaron de allí, acercándose al Pontiac.

—¿Habéis cogido a alguno? —inquirió una voz, que Paul reconoció en seguida.

Era la de Arthur Wilke, uno de los hombres que Frank había echado de la banda.

¡Debía habérselo imaginado antes!

Pero su sorpresa llegó al máximo cuando vio al tercer hombre, el otro era Teicher, otro de los expulsados por Tompkins.

Abrió los ojos, como platos.

Porque aquel hombre, que ahora se acercaba a ellos, no era otro que Robert Mercer, su propio padre.

Robert miró fríamente a su hijo y luego, volviéndose a Wilke, dijo:

—Ya te darás cuenta de que yo tenía razón. No sabemos lo que preparan, pero era normal que vigilaran el camino.

Y mirando a los ojos de Paul preguntó:

—¿Qué plan tienen?

El joven se movió intranquilo. Frank le había hablado siempre de su padre como de un pobre hombre, un contable miserable que nunca llegaría a parte alguna.

«Le faltan reaños...»— le había dicho más de mil veces.

Yahora estaba aquí, a la cabeza de una organización, de un grupo que iba a hacer la competencia a Frank.

Hasta casi estalló en carcajadas.

Porque se daba cuenta de que su padre, a pesar de la apariencia de «duro» que tenía en aquellos momentos, se estrellaría contra un hombre como Tompkins, que jamás había tenido frío ni telarañas en los ojos.

Miró a su padre, con desprecio.

—¿Te crees muy listo, eh? Veremos cómo van a conocer nuestros planes.

—Tú vas a decírnoslo en seguida.

—¡Qué iluso...!

—¡Sacúdele, Arthur!

Wilke fue mucho más rápido de lo que el propio Paul esperaba. Además, hubiese jurado que su padre no ordenaría jamás que le pegasen. Pero el golpe, en pleno rostro, fue tan violento que cayó al suelo, de espaldas.

—¡No diré nada! —dijo con voz furiosa.

Entonces, Arthur sacó un fino estilete, que brotó de su mano como por ensalmo.

Pero el que habló fue Robert.

—Hazlo bien, Wilke... Es un tipo que presume de su belleza ante las mujeres. Córtales la cara de manera a que no se atreva a salir de casa más que cuando sea de noche.

— ¡¡No!! —gritó Paul.

—Eso depende de ti —dijo Robert con voz glacial—. Te doy quince segundos para que nos expliques todo.

El cuerpo de Paul estaba empapado de sudor frío. ¡Jamás hubiese creído que su propio padre ordenase que se le desfigurase de aquella manera!

Pero...

¿No le había golpeado él, hacía unos días, en la casa de Tompkins?

—Te quedan cuatro segundos...

Paul gritó:

—¡Hablaré!

Su voz temblaba, así como su cuerpo y el sudor, además del frío, se había convertido en una sustancia pegajosa que le adhería la ropa a la piel húmeda.

—¿Qué pensabais hacer?

—Hemos colocado unas cargas, unas millas más arriba, para volar los camiones. Por eso tenía yo la misión de detener todos los coches que pasasen ahora por aquí.

—¿Dónde están las cargas?

—¿Tenéis un plano?

—Sí.

Señaló un lugar; después Robert, que había estado en cuclillas a su lado, se irguió.

—Levántate —ordenó.

Paul obedeció, sin atreverse a mirar al rostro de su padre...

Entonces, Robert descargó de repente un puñetazo formidable en plena boca de Paul, que fue despedido hacia atrás.

—¡Toma, cobarde! —exclamó con rabia.

Después, dirigiéndose a los otros, pidió:

—Poned su coche en marcha y llevároslo a la ciudad.

* * *

Un aparente trozo de esparadrapo cubría el pómulo derecho de Paul y sus labios estaban hinchados, voluminosos y de color amoratado.

—Eso es todo, Frank.

Tompkins, cómodamente arrellanado en su sillón, encendió un nuevo cigarrillo.

—¿Así que papá se ha convertido en nuestro competidor, eh?

—Así es.

—¡Pobre imbécil! Siempre fue un miserable chupatintas, un hombre incapaz de mirar la vida cara a cara. Sólo sirvió para vender su libertad por un puñado de dólares...

—... que no cobró nunca.

—¿Y eso qué importa? Aunque los hubiese cobrado. La acción sigue siendo la misma.

—Tienes razón,

—¡Y tú te dejas amilanar por esos principiantes!

—No pude hacer otra cosa. Iba en serio, Frank.

—¡No me hagas reír! ¿Crees capaz a tu papaíto de cortarte la cara? ¡Qué estúpido eres! Se hubiese él desmayado antes que tú.

Paul cerró los puños.

—Dame una oportunidad, Frank; una sola.

—No puedo confiar en ti, pequeño. Te he criado como a un hijo, creí poder convertirte en mi brazo derecho y con el tiempo, ¿quién sabe?, en mi sucesor; pero las cosas han cambiado.

—¡Por favor, Frank! Yo te juro que deseo vengarme de esa afrenta que me han hecho. Haré que la Compañía del Este vuelva a nosotros.

—¿Tú crees? Lo que tenemos ahora que hacer es evitar que las otras se vayan con ellos. ¡Por todos los demonios! Van a hacerme montar en cólera.

—¡Déjamelos a mí!

Frank se frotó el mentón.

—No, tu turno no ha llegado aún. Tengo que ver claro el juego de tu padre. Voy a encargar a Robinson del asunto. SI sabe muy bien hacer esta clase de trabajo.

—¿Que intentas hacer?

—Ya lo verás. Llama a Robinson.

El joven salió, pero cuando volvió con George, Frank le hizo un gesto.

—Déjalos solos, muchacho.

Y cuando George hubo cerrado la puerta dijo:

—Siéntate y toma algo.

El otro obedeció, sirviéndose un buen vaso de «whisky».

—Ya sabrás —dijo Frank— que hemos perdido la del Este.

—Sí.

—Pero no sabes quién es nuestro competidor, ¿verdad?

—No.

—Agárrate bien al sillón... Robert Mercer.

— ¡¡No!!

—Como lo oyes. ¿Qué te parece?

Robinson lanzó una breve risita, cortante y helada.

—¿Que qué me parece? Que no debes preocuparte. Mercer es incapaz de defender un asunto como éste.

—Ha logrado ya un triunfo.

—Apuesto que por verdadera casualidad. ¿No tiene Paul un poquitín de culpa?

—Bastante.

Frank contó al otro lo ocurrido la noche anterior.

—¡Ya me lo imaginaba! Quieras o no, Frank, esos dos son padre e hijo. Y no podrás evitar que, si los pones frente a frente, se disculpen, prohibiéndose mutuamente los golpes bajos.

—Creo que tienes razón.

—¡Naturalmente que la tengo! Hay algo a lo que suelen llamar amor, filial o una cosa parecida. Si yo hubiese estado en el puesto de Paul, puedes estar seguro de que no habrían logrado saber lo de las cargas.

—¿Aunque te hubiesen amenazado con cortarte la cara?

—¡No digas eso, Frank! Ese Mercer es incapaz de hacer una cosa así. ¿Es que has olvidado la espacie de gallina mojada que era?

—No, no lo he olvidado, pero Paul me ha dicho que Wilke estaba con él.

—¡Otro que tal baila! ¡Wilke! Se le llenaron los ojos de lágrimas cuando dijiste que pensabas tener a Paul a tu lado y no entregar ni un

solo centavo al padre.

Tompkins asintió, con un gesto de cabeza.

—¿Para qué me has llamado? —Inquirió Robínson, después de una pausa.

Frank dijo:

—Tengo un plan.

—Venga.

—Verás. Después de quitarnos la del Este, van a dirigirse, sin duda alguna, a la Murray, que es la más importante. No olvides que nos proporciona más de cien de los grandes al mes.

—Lo sé.

—La Murray suele seguir la ruta 89. Y mi plan consiste en que, el día de salida y cuándo ellos nos hayan suplantado, suplantes tú al chófer del primer vehículo.

Bien,

—Cuando llegues a la desembocadura de la 66 en la 109, ¿recuerdas el sitio?

—Perfectamente,

—Hay un descenso, con mucha pendiente y un par de curvas peligrosas. Yo me refiero a la segunda, cuando todos los vehículos hayan entrado en la primera. Colocas el camión atravesado y te tiras, justo a tiempo para que los otros no puedan frenar y se despeñen. ¿Crees que resultará?

—Claro que sí. Ningún chófer podría frenar de golpe en aquel sitio.

—Esta vez, Paul no sabrá nada y así no arriesgaremos nada. Sólo tú conoces mi plan.

—¿Y cómo sabes que visitarán la Murray?

—Porque nos han llamado esta misma mañana, diciendo que deseaban hablar con nuestro agente.

—¿Con Paul?

—Sí.

—¿Vas a enviar a esa calamidad?

—¿Por qué no? Paul es bueno para esas gestiones. Se pinta solo para presentarse en esos sitios. Sí, voy a enviarlo, como de costumbre. Tampoco quiero que tenga la mosca detrás de la oreja hasta que decidamos lo que hay que hacer con él.

—Comprendo.

—Tú, esta misma mañana, te arreglas como sea para suplantar a

ese tipo. No me importa lo que gastes para conseguirlo. ¿Entendido?

—O.K.

—Pues en marcha.

CAPÍTULO V



A cólera que dominaba a Paul, al salir de las oficinas de la Murray, era indescriptible. Mientras bajaba en el ascensor, pensó en exigir que Frank le confiase una de aquellas misiones de represalias, seguro de que daría una buena lección a aquellos petimetres.

Pero poco después, cuando atravesaba el vestíbulo, la idea de que el poderoso imperio de Tompkins se estaba socavando por las bases, le hizo estremecerse. Aunque, en realidad, lo que más le preocupaba era volver a ganar la confianza de su jefe.

Prefería no pensar en su padre.

Porque, cuando lo hacía, un cúmulo de ideas contradictorias luchaban por imponer en su mente criterios diametralmente opuestos. Y Paul deseaba conservar bien el cerebro, sabiendo que podía necesitar utilizarlo en pleno en cualquier momento.

Salió del edificio, subiendo al Pontiac, que puso en marcha.

Fue entonces, cuando intentaba entrar en la circulación de la avenida, cuando aquella mujer surgió, de súbito, tropezando con el morro de su vehículo y cayendo al suelo.

Paul hundió el pedal del freno hasta el fondo y el coche se estremeció como si algo tirase de él hacia atrás. La suspensión hizo que se balancease algunos instantes; pero el joven, positivamente asustado, había ya saltado al suelo y corría hacia la parte anterior del automóvil.

¡Lo único que le faltaba en aquellos críticos momentos!

Algunos curiosos se le habían adelantado, pero él se abrió paso, a golpes de codos, llegando al centro del corro que se había formado. Una muchacha, elegantemente vestida, se ponía en pie, ayudada por uno de los que habían acudido.

Paul se acercó a ella.

—¿Se ha hecho daño, señorita?

La joven volvió hacia él sus grandes y hermosos ojos azules.

—Un poco en el pie izquierdo.

—¿Llamamos a una ambulancia? —terció el hombre que la sujetaba.

—No —dijo Paul—. Yo puedo llevarla donde desee... ¿Me hace el favor?

Ella se afianzó confiadamente a su brazo y así recorrieron los pocos pasos que les separaban del automóvil. Fue entonces cuando llegó el agente de policía.

Informado por uno de los curiosos, fue en busca de los dos jóvenes y dirigiéndose a ella preguntó:

—¿Desea denunciar el caso, señorita...?

—No, no merece la pena. En realidad, agente, ha sido un poco culpa mía. Cruzaba aprisa y no me di cuenta de que este señor salía del aparcadero.

—Como quiera.

Se llevó el policía la mano a la visera, a modo de saludo, dedicándose después a alejar a los curiosos.

— ¡Vamos! ¡Vamos! ¡No ha pasado nada! ¡Circulen, por favor, señores!

Una vez hubo acomodado a la joven, Paul dio la vuelta al coche, sentándose ante el volante.

—¿Dónde quiere usted ir?

—A mi casa. Ochocientos ochenta y ocho Fulton Road,

—Bien.

El Pontiac salió, suavemente, entrando en el curso de la circulación y dirigiéndose hacia el norte de la ciudad. Durante los primeros minutos, ni él ni ella cambiaron una sola palabra.

Finalmente, cuando se detuvieron ante un semáforo, a la altura de la 114, él se dio cuenta de que la muchacha se frotaba el tobillo.

—¿Sigue doliéndole?

—Un poco,

—¿Por qué no hemos ido a una clínica?

—Porque no es nada: se lo aseguro. En casa me pasará.

Reanudaron la marcha y un cuarto de hora después, ya en Bronx, Paul detenía el vehículo ante un moderno hotelito, situado en una amplia avenida de reciente trazado.

—Ya estamos —dijo la muchacha.

Él le ayudó a bajar, sosteniéndola hasta llegar a la verja. Allí ella sacó la llave, abriendo y siguiendo, del brazo de Mercer, hasta la

puerta de la casa que, una vez abierta, les dio paso al interior.

Paul pudo admirar un saloncito bien cuidado, limpio y montado con un animado sentido de la decoración moderna. Pero lo que más le sorprendió fue una estantería, a la derecha, completamente llena de libros.

—¿No hay nadie en la casa? —preguntó.

Ella contestó;

—Nadie. Tengo una muchacha negra que me sirve, pero a estas horas ha debido de ir al mercado.

Ella se había dejado caer en un sillón moderno, recostándose al máximo y estirando las piernas todo lo que pudo.

—Si quiere serme verdaderamente útil —dijo, con una encantadora sonrisa en los labios—, puede subir al cuarto de baño y traerme un frasco de linimento que hay en el armario.

—Sí, seguida.

Mientras el joven estuvo fuera, ella se quitó la media y cuando él regresó, con el frasco en la mano, dijo:

—Temo que no pueda aplicarlo yo misma. ¿Le molestaría hacerlo?

Paul sonrió.

—De ninguna manera.

Después de quitarse la chaqueta y remangarse la camisa, se arrodilló, sobre la alfombra, y empezó a darle un masaje suave.

—¿Sabe usted que lo hace muy bien? ¿Dónde aprendió?

Sin levantar la cabeza, Paul repuso:

—En el colegio. Formaba parte del equipo de rugby y nos hicieron un curso de masaje,

—Ya se nota.

Lo extraño para él es que no había adoptado, ni un solo momento, aquella «pose» que solía tomar ante una mujer bonita. En el medio ambiente en que estaba acostumbrado a vivir, junto a Frank, siempre pasaba lo mismo y un hombre que no «gallease» no era tenido en cuenta.

Pero aquí, ante esta muchacha, se sentía, por primera vez en su vida, cohibido, torpe, sin palabras.

—¿Le hago daño? —preguntó por decir algo.

—No, lo hace usted muy bien. Y a todo esto, aún no conozco su nombre.

—Ni yo el suyo —rió él.

—Eso tiene inmediato arreglo —repuso la muchacha—, Me llamo

Betty White.

—Yo soy Paul Mercer.

Hubo una corta pausa; después ella dijo:

-Creo que ya está bien. El dolor me ha pasado y sólo tendré que estar un par de días sin salir.

Él se puso en pie, volviendo a ponerse la chaqueta, después de limpiarse las manos.

—No sabe cuánto lamento lo ocurrido, señorita White. Tendrá que faltar al trabajo por mi culpa,

—No trabajo —repuso ella—. Estudio. ¿Es que no ha visto todos los libracos de la biblioteca?

Sonrió Paul, dirigiéndose hacia la estantería; pero, al fijarse en los títulos de los libros, no pudo por menos de sobrecojerse.

¿Estudia usted para abogado?— preguntó, sin volverse.

—Sí. Es una de las carreras más bonitas. Justamente tenía exámenes pasado mañana, pero espero que lo del pie haya pasado para entonces.

Dominando una extraña emoción que le embargaba, Paul se volvió hacia ella, encendiendo un cigarrillo para tranquilizarse.

Al mirarla de nuevo, se percató de que era extraordinariamente bonita. Bus cabellos rubios brillaban con intensidad y el tono curtido de la piel, debido al deporte al aire libre, hacían resaltar aún más el brillo de sus hermosos ojos azules.

—¿Y usted qué hace? —inquirió ella, después de encender el cigarrillo que Paul le había ofrecido.

—Yo... —las palabras se negaban a salir de sus labios—. Yo me dedico a los transportes.

—Debe de ser interesante.

—No lo crea —miró de reojo la biblioteca—. También yo deseaba ser abogado.

— ¡Ah!, ¿sí? ¿Y cómo no lo hizo?

Paul se encogió de hombros.

—Cosas de la vida.

—Todavía es usted lo bastante joven para intentarlo. ¿No le parece?

Sin poderlo evitar, Paul enrojeció. Sintió que algo se movía en el interior de su espíritu, como un ansia que había estado adormecida hasta entonces.

—Es mejor que me vaya —dijo, deseoso de dejar de hablar de

aquellas cosas—, aunque creo que me permitirá volver a verla.

—¿Por qué no?

Se estrecharon la mano y Paul salió de la habitación, abandonando la casa con una sensación extraña en el corazón.

* * *

Admitido como conductor eventual en la Murray, Robinson se dedicó a investigar quién iba a componer el primer equipo, que saldría aquella misma noche, interesándose después por el qué se encargaría del primer camión.

No tardó en saberlo.

Y una vez informado, se dirigió al barrio en que Ole Fulton, el conductor en cuestión, vivía. Tampoco perdió mucho tiempo y en seguida supo que el hombre que buscaba solía pasar las tardes, hasta la hora de trabajar, en un pequeño bar de los alrededores.

Se encaminó hacia allá.

Tenía muchísimos planes en la cabeza, pero sabía que uno solo se aplicaría al caso de Fulton, al que no conocía más que de vista, ya que uno de los conductores se lo había señalado en la empresa cuando repartieron los turnos del día.

Encontró a Ole apoyado en el mostrador, bebiendo una copa. Y, acercándose a él, con aire despreocupado, se colocó a su lado.

—¡Hola!

Fulton le miró.

Era un hombre fuerte, de rostro marcado por una antigua viruela y ojos pardos.

—¡Hola! —repuso.

—Trabajo en la Murray —dijo Robinson.

El otro frunció el entrecejo.

—No te conozco.

—Es que me han admitido hoy,

—¿Eventual?

—Sí.

—Mal asunto. Los eventuales no suelen sacar mucho dinero del trabajo, ¡Si no fuese por las primas de conducción!

—¿Es pesado el trabajo?

—Un poco, pero se puede resistir.

Hubo una pausa.

—Yo necesitaría salir esta noche —dijo Robinson.

—¿Por qué?

—Necesidades. La prima me vendría muy bien.

—Eso nos pasa a todos. Si has venido a pedir dinero, pierdes el tiempo, muchacho.

George Robinson sonrió.

—No, no creas que he venido a que me dejases tu sitio.

—Es que no te lo dejaría. Mi mujer se ha empeñado comprando una lavadora y tengo que pagar la mensualidad antes de pasado mañana.

—Lo comprendo.

Robinson se dio cuenta de que había equivocado el camino, pero aún quedaban otros para tomar,

—¿Un trago?

—Deja, Invito yo —dijo Fulton.

Poco después se separaban amistosamente y Robinson recorrió los alrededores, a partir de la casa de Ole, viendo que éste tenía que atravesar un descampado para llegar hasta la parada de autobús que le llevaría al garaje de la Murray.

Sonrió.

Nada más fácil que dejarle tumbado allí, bajo las estrellas.

El plan de Frank no podía fallar.

»Si al menos —pensó, mientras ultimaba los preparativos, escondiéndose junto a unos árboles— tuviese la suerte de echar la vista encima a ese cerdo cobarde de Robert, mataría dos pájaros de un tiro. Porque lo que tengo que lograr es desbancar a ese niño presumido de Paul y ocupar su sitio, que merezco mil veces más que él...»

* * *

Los camiones hendían la noche, a gran velocidad, sobre la negrura del asfalto donde los faros ponían pinceladas de luz cegadora.

En su lugar, ante el volante del primer camión, Robinson silbaba una tonada muy en boga, contento de haber logrado lo que deseaba y deseando que llegasen al lugar donde, con el magnífico plan de Tompkins, la absurda competencia de Mercer recibiría el golpe de gracia.

Después, una vez eliminados de la concurrencia, el trabajo sería fácil y bonito, ya que consistiría en buscar a Robert y los suyos y darles una buena lección, de esas que no se olvidan nunca.

Al pensar en los momentos que acababa de pasar en el garaje,

Robinson frunció el entrecejo. El vigilante se había extrañado mucho de que Ole faltase al trabajo sin avisar, ya que George había dicho que se encontraba enfermo. Pero como el tiempo de la salida se echaba encima, no tuvieron más que admitir las palabras de Robinson como buenas, confiándole el camión que debía haber conducido el otro.

Sobre todo, lo que interesaba a George era conseguir aquel triunfo que le daría pie para obligar a Frank a que dejase a un lado a Paul, de cuya integridad no había jamás creído Robinson.

Pararon cerca de Old Ride para echar un trago o tomar café.

Robinson invitó a algunos de sus nuevos compañeros y el rato que pasaron allí fue sumamente agradable. Después, al reanudar el camino, el jefe de la expedición, que era el conductor del último camión, les recordó los peligros de las curvas que habían de pasar.

—Ya sabéis —dijo— que no se puede frenar mucho en esos lugares. Por eso tendréis que mantener, entre camión y camión, una distancia mínima de cien metros. Así, si tuvieseis que hacer alguna maniobra instantánea, tendríais tiempo de llevarla a cabo sin perjudicar al que os sigue. ¿Entendido?

Robinson, una vez en el camión, pensó que todas aquellas precauciones serían inútiles, dada la configuración especial del terreno que Frank había escogido para el «accidente».

Sonrió.

De todos modos, queriendo demostrar, su obediencia, aceleró, separándose del camión que le seguía una distancia mayor de cien metros.

Atravesaban ahora la última llanura, subiendo después, por una pendiente suave que, después de atravesar Tolman City, se «despeñaba» en el peligroso tramo de curvas y virajes.

Robinson conectó la radio de a bordo y se dejó llevar por una musiquilla agradable y pegajosa, contento de que todo marchase a las mil maravillas.

La vio desde lejos.

Los potentes faros iluminaron su silueta mucho antes de que el camión, obedeciendo mansamente a Robinson, frenase a su lado. Era una muchacha envuelta en un impermeable.

—¿Puede llevarme? —inquirió con voz agradable.

Robinson, conocedor intuitivo de la belleza femenina, se percató de que aquella maravilla le llegaba como llovía del cielo. Y que, después de todo, cuando hubiese abandonado el camión, no le vendría mal irse con ella que, además, podría ser un testigo de que la dirección le había fallado en el momento preciso.

Por otra parte, los ojos azules de la muchacha le impresionaron.

—¿Dónde va?

—A Boston.

—Es nuestro camino. Suba.

Estaba terminantemente prohibido el auto-stop en los camiones de la Compañía y había un letrero pegado al parabrisas que lo advertía claramente. Pero aquel papel no era óbice para que los conductores «se enterneciesen» en determinados casos.

El vehículo reanudó la marcha.

—'Tendré que dejarla antes de llegar a la ciudad —mintió él—. El jefe me echaría a patadas.

Ella sonrió.

—Comprendo. No es la primera vez que me llevan.

La miró de reojo, encontrándola endiabladamente bonita.

—¿Cómo se atreve a ir por estos mundos, de noche y completamente sola?

La muchacha, que acababa de encender un cigarrillo, bajó la música de la radio.

—Me he enfadado con los míos. Quería ir a Nueva York, a probar fortuna, pero igual me da ir a Boston.

George se lanzó a tutearla.

—¿Qué piensas hacer como oficio, preciosa?

—Quiero ser artista.

—Por guapa no quedará.

—¡Adulador!

Él la miró, sonriente, con los ojos brillantes.

—Es muy posible que hayas encontrado tu suerte esta noche.

—¿Qué quieres decir?

—Que puedes tener más de una sorpresa. En realidad, pequeña, yo no soy chófer de camión. Estoy aquí por hacer un favor a un amigo. Trabajo en Nueva York y me tuteo con el hombre que posee más locales de la ciudad.

—¡No me digas!

—No me crees, ¿verdad?

—Todos decís igual. Cuando una se confiesa y dice que quiere ser artista, el primero que se encuentra es, por casualidad, íntimo de todos los directores de Hollywood.

Robinson torció el gesto.

—Te he dicho la verdad.

—¡Ojalá lo fuese!

—Lo es. Por el momento, dejemos eso aparte. Ya verás cuando te lleve a Nueva York y te presente a ese tipo.

—¿De veras que lo harás?

—De veras.

Ella había abierto la ventanilla y lanzó un grito.

—¿Qué te ocurre? —se alarmó él.

—¡Mi bolso! ¡Se me ha caído! Toda mi documentación iba en él.

Frenó, poniendo la marcha atrás y retrocediendo unos metros. El ruido de los otros camiones se acercaba cada vez más.

Ella saltó prestamente, buscando por los alrededores.

—¿Lo ves? —inquirió él impaciente.

—No.

—Espera, bajaré con la linterna.

Saltó fuera, mirando hacia la carretera. Por fortuna se había adelantado bastante, pero los otros no tardarían ni un minuto en llegar allí. Y no le convenía que le viesan con la muchacha.

¡Maldito bolso!

Se inclinó, iluminando el borde de la carretera, junto a la profunda cuneta.

Y, de repente, una sensación de dolor le traspasó la cabeza, al mismo tiempo que un resplandor le cegaba.

Se desplomó como un trapo.

La muchacha, que empuñaba una pistola, le empujó hasta que el cuerpo de Robinson cayó al fondo de la cuneta. Después, corriendo, fue hacia el camión, al que subió con una agilidad sorprendente, poniéndolo en marcha y continuando el camino como si nada hubiese pasado.

CAPÍTULO VI



¡O Frank un formidable puñetazo en la mesa.

— ¡Sois una banda de imbéciles! ¡Un grupo de cretinos, de ineptos! Sabéis lo Que nos ha ocurrido, ¿verdad? ¡Todas las Compañías han pasado a la competencia! ¡Á la competencia de un tipo como Mercer, al que hemos despreciado hasta ahora, pero que nos ha demostrado ser mucho más listo que nosotros!

Paul bajó la cabeza.

Le avergonzaba en aquel momento el parentesco que le unía a Robert.

—Las pérdidas que esto supone son enormes... ¡Pero no vayáis a creer que me doy por vencido! Por fortuna, los locales siguen proporcionando dinero y, personalmente, puedo defenderme. Pero me moriría antes de dejar de vengarme de ese imbécil de Mercer.

Y mirando a Paul dijo:

—Te das cuenta de tu posición entre nosotros, ¿verdad?

—Yo...

— ¡Cierra el pico! Tú fuiste el primero en perder los pedales, en no mostrarte a la altura de las circunstancias. Y tú, Robinson, en el que confiaba como en nadie, te dejas engañar por una bruja, sólo porque es bonita.

Cerró los puños con fuerza.

—Hasta ahora —dijo— nos hemos comportado como idiotas; pero a partir de este momento vamos a utilizar los métodos clásicos, los que no fallan nunca. ¡Boicotearemos todos los convoyes de camiones! ¡Haremos una guerra sin cuartel a Robert y los suyos!

Hubo una pausa.

—Mi plan es el siguiente. ¡Basta, ya de hacer cosas complicadas, operaciones cerebrales! ¡Es la gran batalla! A partir de esta noche, tú, Robinson, con Lyman, cogeréis un coche y ametrallaréis cuantos camiones salgan de Nueva York. Me es igual el sitio que elijáis.

Vosotros dos, Farrel y Deds, haréis lo mismo con otro coche, trabajando separados de vuestros compañeros. En cuanto a Gault y Mercer, no harán otra cosa que buscar por la ciudad a Robert y cargárselo, sea como sea.

Miró a Paul, fulminándolo con la mirada.

—Ya lo sabes...: ¡o tu padre o tú! Frederick tiene instrucciones mías para que seas tú, personalmente, quien elimine al viejo. Si no lo haces, lo pagarás caro.

Paul tragó saliva, pero no dijo nada.

— ¡En marcha todo el mundo! Quiero tener buenas noticias mañana. ¡Y ay del que no cumpla mis órdenes!

* * *

Frederick Gault era el perfecto asesino, si es que puede hablarse de perfección en este caso. Delgado, moreno, con manos de dedos afilados y uñas bien cuidadas, había sido utilizado siempre por Frank en los asuntos delicados.

Paul le conocía perfectamente y sabía que Frederick, o Fred, como lo llamaban sus amigos, no fallaba nunca.

Toda aquella mañana estuvieron recorriendo bares, recogiendo información, sin poder saber dónde se ocultaban Robert y los suyos. La gente los conocía, pero no sabían dónde tenían instalado su Cuartel General.

Hacia mediodía, cansados, se sentaron en un bar para tomar un aperitivo.

—Seguiremos esta tarde —dijo Fred.

—Como quieras.

El otro sonrió.

—Yo haré mis averiguaciones por mi lado. Podemos encontrarnos aquí, dentro de seis horas.

—Bien.

—No pareces muy entusiasmado, pequeño.

—¿Por qué dices eso?

— ¡Bah! Ya sé que es bastante duro tener que llenar de plomo el cuerpo de un tipo que resulta ser nuestro padre. Pero son gajes del oficio, Paul.

—Yo no he dicho nada.

—Lo digo yo. Te conozco demasiado y no creas que voy a dejarme llevar por tus sentimentalismos. Frank me ha dado una orden. Y la cumpliré.

—Te lo dices tú todo.

—Es posible. Pero no quiero que vaciles cuando tengas a «papi» al alcance de la pistola. Porque si vacilas...

Paul no dijo nada.

—Escucha, muchacho. "Todo puede arreglarse —dijo el otro, cambiando de tono—. Nosotros hacemos nuestro trabajo y Frank vuelve a tenernos confianza. ¿Puede haber algo más fácil?

—No.

—¡Así me gusta!

Y tras un nuevo silencio.

—¿Sabes lo que nos pasaría si no cumpliésemos las órdenes de Frank?

—Me lo imagino.

— ¡Qué va! Escucha, chico: nos seguirían por todas partes. Hasta Frank en persona intervendría en la caza. Tú no le conoces como yo, pero cuando se le mete una idea en la cabeza, no para hasta ponerla en práctica.

—Comprendo.

—Es mejor que lo entiendas. Bueno, muchacho, lárgate a dar una vuelta. Te conviene remozar las ideas. Y ya sabes que te esperaré aquí mismo.

—Seré puntual.

Fred vio al joven alejarse y sonrió. Encendió un cigarrillo.

Le gustaban aquellas situaciones.

Aunque, en realidad, hubiese querido ser él, personalmente, el encargado de liquidar a Mercer. Con qué gusto lo habría hecho!

Entornó los ojos, dejando que las salvajes ideas se adueñasen de su mente.

«Un primer disparo al vientre...— pensó, sin que le abandonase la cínica y cruel sonrisa que entreabría sus labios—. Después quizás un nuevo balazo en una rótula. Es muy doloroso y hace que el tipo se estremezca, moviendo el plomo de las tripas y haciéndolo sufrir más...»

Se regodeaba, como si se tratase de una obra de arte.

Y eso era para él.

Matar o hacer daño constituía el objetivo de su mente enfermiza, deformada por una enfermedad de la infancia. De todos los hombres de la banda de Frank era el más apagado y, a la vez, el más temible.

Pagó la consumición, abandonó el bar e inició una nueva

investigación en la parte baja de la ciudad.

Prefería hacerlo solo, sin la presencia molesta de Paul, que, por otra parte, llamaba la atención en todos los sitios y podía servir de advertencia a los adversarios.

Tuvo suerte.

En uno de los tugurios de Battery, no lejos del Village, encontró a Teicher, uno de los que Frank había echado a patadas cuando el asunto de Paul Richard Teicher estaba bastante borracho y no le costó mucho a Fred llevárselo de allí hasta el sitio donde estaba aparcado su coche.

Momentos más tarde atravesaban el Hudson,

—¿Dónde me llevas? —inquirió el ebrio, con los ojos semicerrados.

—A dar un paseo,

—Como Quieras.

Y después de luchar desesperadamente con un hipo pertinaz comentó:

—¡Vaya lección que os hemos dado!, ¿eh?

—¿A qué te refieres?

—A todo el tinglado que hemos deshecho a Frank ¡El presumido! Creía ser el único, pero Robert ha demostrado tener más agallas que él... Controlamos todos los transportes, ¿lo sabes?

—Sí.

Teicher sonrió feliz en su estado.

—Ya sé por qué has venido a buscarme.

—¿Sí?

—¡Claro! Quieres cambiar de barco, ¿eh: Fred? ¡Haces bien! Mercer te recibirá con los brazos abiertos. Él siempre te ha apreciado.

—¿Tú crees?

—Claro.

Hubo una pausa.

—Tienes razón, Richard. Estoy cansado de estar a las órdenes de Tompkins, Es demasiado exigente y ahora nos paga muy poco.

—¡Mándalo al diablo!

—Eso pienso hacer.

—¡Estupendo! Hemos de conseguir que se quede solo. ¿Sabes lo que piensa hacer Mercer ahora?

—No.

—Va a empezar a quitar los locales a Frank. ¡Lo hundirá por

completo!

—¿Quitarle los locales?

—Eso es.

—No es nada fácil, amigo.

—Nada hay difícil para Robert Mercer. Lo conseguirá y Tompkins tendrá que rendirse a la evidencia.

—Me alegraré mucho.

—¿De veras que quieres venir con nosotros?

—Sí. pero ¿dónde podré encontrar a Robert?

El otro sonrió, con un aire de estúpido misterio.

—Eso no puedo decírtelo, amigo; al menos por el momento. Yo hablaré con él y nos citará en alguna parte.

—Comprendo.

Gault se mordió los labios.

¡Hubiese sido demasiado hermoso el conseguir la dirección de aquella manera!

Aun estando borracho como una cuba, Richard no perdía el control de lo que verdaderamente interesaba. Pero aquello, después de todo, poco le importaba a Fred, cuyo plan estaba ya montado hasta sus más ínfimos detalles.

Siguió conduciendo, cada vez más lejos de la ciudad, escuchando distraídamente cuanto le contaba el otro. Por último, abandonando la carretera, tornó un camino que terminaba junto a un arroyo bastante crecido.

—Ya hemos llegado, Richard.

El borracho, que se había adormecido, irguió la cabeza.

—¿Estamos... dónde?

—En un sitio tranquilo. Ven.

Lo sacó del coche, sujetándole fuertemente. Después, cuando estuvieron al borde del arroyo, lo empujó, haciendo que cayese al agua.

Empezó a reírse a carcajadas.

Luchando desesperadamente, Richard se despabiló en unos segundos: luego salió a la orilla y miró fijamente al otro, como si fuese la primera vez que lo viese,

—¡Gault! —exclamó.

Y fue a echar mano a la pistola, pero el otro se le anticipó, apuntándole con la suya.

—Pocas bromas, Richard.

—¿Qué quieres de mí?

—Ya lo verás. Pero fuiste tú quien me dijo que querías que me pasase a la banda de Mercer.

—¿Yo he dicho eso? ¡Mentira!

—Estabas borracho.

—Es igual que lo haya dicho. Robert no te quiere ni a peso de oro... ¡Tendrá tú piel, Fred!

—Así lo pensaba, pero antes tú y yo vamos a tener una conversación agradable.

—Pierdes el tiempo.

—No lo creas. Vas a decirme dónde puedo encontrar a Mercer.

El otro rió un tanto nerviosamente.

—¡Has perdido la cabeza!

—¿Por qué?

—Porque yo no lo sé.

—No digas mentiras. ¡Acércate!

Obedeció el otro y Gault lo desarmó en un abrir y cerrar de ojos. Luego, sin dejar de sonreír, dijo:

—Voy a preparar la conversación.

Ygolpeó la cabeza de Richard, que no pudo hacer nada por evitarlo, cayendo al suelo como una masa.

Fred volvió al coche del que sacó una cuerda, con que ató a su prisionero a un árbol. Al hacerlo, procuró que los brazos estuviesen un poco separados del cuerpo y que la cuerda pasase justo sobre el dorso de las manos. Un cubo de lona, después, le permitió despertar a Teicher, echándole varios sobre el rostro.

—¿Cómo va eso, amigo? —bromeó al ver que su prisionero abría los ojos.

—¡Lo pagarás caro, canalla!

—¡Déjate de exclamaciones de ese tipo, idiota! Y prepárate a decirme dónde puedo encontrar a tu jefe.

—¡No te lo diré!

—¿Seguro?

—Seguro.

—Eres mucho más imbécil de lo que yo imaginaba o has olvidado quién soy.

Sacó la pistola y cogiéndola por el cañón amenazó:

—Voy a machacarte los dedos, uno a uno, Richard. Es algo muy doloroso y que, además, si se hace bien, te deja Inútil para toda la

vida. ¿Dónde está Mercer?

El otro se mordió los labios.

Pero tuvo que abrirlos segundos después. El alarido que salió de ellos fue escalofriante.

—¿Dónde está?

Otro golpe de culata y un nuevo dedo reducido a pulpa.

Teicher creyó morir de dolor. Era completamente imposible resistir aquella indecible tortura.

—¿Dónde está?

Las lágrimas brotaban de los ojos de Richard.

—Voy... a... decírtelo.

—¡Venga!

—En el «Kakatúa», un local del Village.

—Lo conozco. ¿Está allí todos los días?

—Sí.

Fred se separó del árbol.

—Te has portado bien, muchacho.

—¡Suéltame!

—¿Soltarte? ¡No seas idiota!

Y disparó, con fruición, tirando al vientre.

El otro lanzó un alarido alucinante.

Fred torció el gesto.

—¡Imbécil! Quería que murieses poco a poco, pero con esos gritos llegarías a llamar la atención.

Y, apretando el gatillo, metió otra bala en la cabeza de Teicher, que murió en el acto.

* * *

Fred tomaba su segundo gin cuando vio acercarse a Paul. El joven estaba un poco pálido, pero sonrió al sentarse frente al otro.

—¿Qué tal lo has pasado, chico?

—Bien.

—¿Dónde has estado?

—Con una amiguita.

Fred sonrió. Y guiñando el ojo dijo:

— ¡Vaya suerte la tuya! Claro que eres un buen mozo y deben de caerte en los brazos por docenas.

—Esta es diferente.

—¿Sí?

—Sí. Estudia para abogado.

—¡No me digas! Eres un tío listo, Paul. Te preparas un plan amoroso que, al mismo tiempo, té sirva para si las cosas se ponen mal.

Paul sonrió.

—No te estarás enamorando, ¿verdad?

—Creo que no.

—En nuestra profesión es lo peor que le puede ocurrir a uno. Una mujer es un estorbo.

—Tienes razón.

Fred encendió un cigarrillo, como si gozase del efecto que iban a causar en el otro sus palabras. Después comunicó:

—Ya sé dónde encontraremos a tu padre.

—¿Sí?

SI tono de la voz del joven era angustioso.

—Sí. ¿Sabes quién me lo ha dicho?

—No puedo imaginármelo.

—Teicher.

—¿Richard Teicher? ¿El que estaba con nosotros? —Sí. Ahora trabajaba para tu padre. Ya comprenderás que he tenido que «convencerle» un poco. Paul se estremeció.

—¿Muerto?

—Se murió voluntariamente. Me dijo que estaba harto de esta vida.

Hubo una larga pausa.

Paul, que había confiado en la suerte, vio que todas sus esperanzas habían desaparecido.

Por eso, con voz ansiosa, dijo:

—Escucha, Fred.

—¿Qué quieres?

—¿Sabías que tengo ahorrados quince mil dólares? El otro emitió un silbido de admiración.

— ¡Vaya tío! ¡Quince mil pavos! ¿Y qué piensas hacer con esa fortuna?

—Dártela. Es para ti.

Gault frunció el entrecejo.

—¿Qué estás diciendo, muchacho?

—Lo que oyes. Los quince mil son para ti.

—¿Y en concepto de qué?

—Oye, amigo mío. Yo no sé cómo explicártelo, pero no puedo disparar contra mi propio padre.

— ¡Ah!, ¿es eso?

—Sí.

—Pues no hay nada que hacer, amiguito. Tú cumplirás las órdenes del jefe sin rechistar. De tus quince mil pavos no hablemos más. ¿Quieres?

Paul asintió, con la frente húmeda de sudor frío.

—Sí.

—¿Otro vasito? Tenemos tiempo aún.

CAPÍTULO VII



L «Kakatúa» era un local viejo, amplio, todavía de esos que poseen un complicado sistema de reservados, de «boxes» en cuyo interior se hacen toda clase de tráficos.

Al penetrar en él, Paul lanzó una mirada angustiosa, pero se tranquilizó al no ver a su padre por parte alguna. Luego, seguido por Fred, que no se despegaba de sus talones, avanzó por entre las mesas ocupadas.

Fue entonces, al pasar al lado de una, cuando se asombró.

—¿En?

La muchacha levantó la cabeza, sonriéndole, con una mueca estúpida. Tenía los ojos entornados y se veía a la legua que había bebido más de la cuenta.

—¡Betty!

Ella levantó el brazo.

—¡Hola, Paul!

Acercando el rostro a su nuca, Fred inquirió en voz baja y tajante:

—¿Quién es?

—Una amiga.

El rostro del otro se esclareció.

—Sentémonos con ella. Será mejor.

Paul obedeció a regañadientes, sentándose al lado de la muchacha, que le cogió del brazo, con familiaridad.

Fred pidió bebida.

—¿Qué haces aquí, Betty? —inquirió el joven.

Los ojos de ella tenían luces graciosas que el alcohol había puesto en ellos.

—No vas a reñirme, ¿verdad, cariño? ¡Estaba harta de Derecho Penal y he tirado los tomos del Civil por la ventana! ¡Divertirse! ¡Eso

es lo que una pobre estudiante como yo necesitaba!

Gault rió de buena gana.

—¿Conque esta señorita es la estudiante de abogado, Paul?

—¿Cómo? —Intervino ella—. ¿Se lo has dicho a tu amigo?

—Sí.

—¡Me alegro! ¿Sabes por qué?

—No.

—Porque cuando un hombre habla de una mujer a sus amigos es que empieza a interesarse por ella. ¿No es verdad, señor...?

—Me llamo Fred, preciosa.

—¿No es verdad, Fred? —insistió ella con una voz curiosamente timbrada.

—¡Claro que sí! Tienes a Paul por tus huesos. No hay más que mirarle a la cara.

—¡Fred, por favor!

—¿Es verdad, amorcito, que me quieres? Ahora, ya puedo decirte la verdad. Me gustaste desde que te vi... ¡Dichoso tu coche que nos hizo conocernos de aquella forma!

Y dirigiéndose al otro, preguntó:

—¿Sabes, Fred, que tu amigo estuvo a punto de atropellarme?

—¿De veras?

—Sí.

—Debió de olvidarlo todo al verte.

—¿Es verdad lo que dice Fred, Paul?

El joven no contestó.

Nada de aquella bufa escena le había hecho olvidar el objeto de su presencia en el «Kakatúa.

Y se estremeció.

—¡Bebe, Paul! —ordenó Gault, que había notado el escalofrío del joven.

Obedeció.

Fred no perdía de vista las entradas del fondo. Había desabrochado su americana para dar paso a la mano en busca del 33.

—¿Tardarás mucho en ser abogado? —inquirió, dirigiéndose a la joven.

—¡No hablemos de cosas tristes!, ¿quieres, Fred?

—Como tú quieras, Betty.

Y fue en aquel momento cuando una de las puertas del fondo se

abrió, dando paso a un hombre.

¡Robert Mercer!

Gault dio un codazo al muchacho.

— ¡Ahí lo tienes, chico!

Pálido como la muerte, Paul sintió que todo el cuerpo se le inundaba de sudor.

Si, allí estaba su padre, junto al mostrador, de espaldas..., mostrando un blanco magnífico.

— ¡No, no puedo...! —suplicó.

Loco de furor, Gault sacó el arma.

—¡Imbécil! ¡Luego te tocará a ti!

El disparo restalló, brutalmente.

Pero, en contra de lo que Paul esperaba, fue Fred, con la cabeza destrozada, quien cayó, de bruces, sobre la mesa.

—¡Aprisa! —gritó la muchacha—. ¡Salgamos de aquí antes de que la policía llegue!

Dejándose arrastrar, Paul se encontró en la calle, junto al pequeño coche de Betty, que, repentinamente serena, se hizo cargo del volante, escapando a toda prisa de allí.

Ninguno de los dos observó al hombre, que, desde el fondo del salón, se incorporó, saliendo con los demás, pero sin demasiadas prisas, con una sonrisa demoníaca en los labios.

* * *

Wilke sacudió la ceniza de su cigarrillo sobre el cenicero abarrotado de colillas.

Sin volverse anunció:

—Han encontrado el cuerpo de Teicher.

En el sillón, como si mirase a la calle, Mercer asintió con la cabeza.

—¿Cuándo ha sido?

—Esta mañana. Tenía dos dedos destrozados... a culatazos.

—Gault.

—Sí.

Hubo una pausa.

—¿Qué piensas hacer ahora?

—Dar el golpe final. Será el más duro.

—Pero...

—Ya no le quedan más que los locales. Podemos armar camorra en todos ellos y hacer que la policía los clausure.

—¿Y después?

—Después nos tocará a Frank y a mí, personalmente.

—Pero ya sabes que...

—Eso no importa.

Wilke se encogió de hombros.

—Creo que voy á darme una vuelta. ¿Sabes que todos los otros cayeron anoche?

—¿Sí?

—Sí. Iban en dos coches e intentaron atacar a los camiones.

—¿Muertos?

—Todos.

Un nuevo silencio se apoderó de la estancia.

Arthur terminó de vestirse y cuando lo hubo hecho preguntó:

—¿Quieres alguna cosa?

—Nada. Gracias.

Al quedarse solo, Robert entornó los ojos. Las cosas habían ido bien hasta aquel momento, pero quedaba lo peor.

El teléfono le sacó de su ensimismamiento.

—¿Diga?

—Soy yo, Robert.

—¿Quién?

—Frank.

¡Era imposible!

—Muy bromista —dijo.

—¿No me crees, eh? Ya sé que tu escondrijo no lo conocían más que unos cuantos: Teicher, Wilke y Zila. Teicher no dijo más que lo del «Kakatúa»; a Wilke no le he visto, pero Edward está conmigo desde anoche.

—Puede ser.

—Le tengo aquí, a mi lado..., un poco enfermo, pero eso son gajes del oficio. Ya-sabes que conozco muchas maneras de hacer hablar a la gente.

—Eres un canalla, pero te queda poco.

El otro lanzó una carcajada.

—También tengo dos huéspedes estupendos. ¿Adivinas sus nombres?

—No.

—Uno es Paul Mercer, tu hijo; el otro es una muchacha, una tal Betty.

—¡Mentira!

—¿Por qué no vienes a comprobarlo?

Hubo una pausa; después dijo:

—Iré. ¿Dónde estás?

—Muy fácil, pero no intentes avisar a nadie, ni venir acompañado. No encontrarías más que dos cadáveres.

—Iré solo.

—Eso es mejor. ¿Recuerdas nuestra vieja casa?

—¿Wick Street?

—¡Buena memoria! Ya sabes que desde arriba se ve perfectamente quien llega. Si cometes el error de intentar engañarme...

—¡Ya te he dicho que iré solo!

—Te imaginas para qué te llamo, ¿verdad?

—Sí.

—¡Quiero tu vida, Robert! ¡La quiero! Nada me importa tener que pagarla con la de tu hijo y esa chica... ¡Es la tuya la que me interesa!

—Allá voy —repuso Mercer.

Ycolgó.

* * *

—¿Otro vaso de leche?

Paul denegó con la cabeza.

—No, gracias.

Ysonriendo, un poco forzado, dijo:

—Ya conoces toda mi historia, Betty.

—Muy interesante.

—No lo creas. Tú creíste hacer amistad con un hombre de negocios, cuando en realidad conociste a un granuja.

—¡No digas eso! Verdad es que te dejaste arrastrar demasiado por la corriente de una vida fácil, tal y como te la ofrecía ese Frank; pero, de todos modos, has reaccionado. Y eso demuestra, que no eres malo del todo.

—¿Tú crees? Yo me considero podrido hasta lo más hondo.

—No digas estupideces.

El teléfono sonó en la sala, de al lado.

Levantándose, la muchacha fue a descolgarlo, volviendo a aparecer momentos más tarde.

—Es para ti.

—¿Cómo, conocen tu casa? ¿Cómo saben que estoy aquí?

—No lo sé. Han debido de seguirnos.

—¿Quién es?

—No me lo ha dicho.

Paul, pasó a la habitación de al lado y descolgó el aparato.

—¿Diga?

—Aquí, Wilke, Arthur Wilke... ¿Me recuerdas, Paul?

—Sí.

—Tu padre ha desaparecido.

—¿Eh? ¿Dónde ha ido?

—No lo sé, aunque me lo imagino: a casa de Frank.

—¿Cómo has sabido que yo estaba, aquí?

—Eso no importa ahora. Lo que me interesaba era decirte que tu padre se ha metido en la boca del lobo, aunque...

—¿Aunque qué?

—No sé si te importará mucho.

—¡Me importa! ¡Es mi padre!

—Allá tú. Yo ya he cumplido mi misión.

Y colgó.

Intensamente pálido, Paul colgó y pasó a la habitación donde estaba la muchacha.

Ésta le miró con intensidad.

—¿Ocurre algo malo?

—Mi padre. Ha ido a ver a Frank.

—¿Qué piensas hacer?

—Tengo que ir. Me he portado muy mal con él, pero te juro que nunca olvidé que era mi padre.

¡No puedo dejar que ese asesino le mate!

—Comprendo.

Él la miró,

—Tienes suerte. Hay muchísimas cosas que yo no comprendo; pero, si salgo con vida de ésta, haré que se me expliquen.

—Es tu derecho.

Hubo una pausa; después, acercándose a la joven, la tomó en sus

brazos.

—Me voy, Betty.

Ella dejó que la besase; después recomendó:

—Ten mucho cuidado, querido. Te quiero de veras.

—Ya lo sé —sonrió él.

Y deshaciéndose de los brazos de Betty, abandonó la estancia y después la casa. Desde abajo, al ver que ella había abierto la ventana preguntó:

—¿Me dejas tu coche?

—Sí. Ten cuidado.

—No temas.

Instantes después hundía el pedal del acelerador hasta el fondo, atravesando la ciudad como una tromba.

Con las manos crispadas en el volante, pensaba en todos los peligros que su padre podía estar pasando junto a Tompkins. No había hecho falta que Wilke le dijese dónde se encontraba Mercer, conocía el único sitio, la guarida preferida de Frank.

Y hacia allá se dirigió.

Faltaban aún un par de horas para el amanecer y las estrellas brillaban fulgurantes en el cielo. Cuando llegó a la hermosa finca de Frank, frenó ante la verja y viéndola cerrada, saltó al otro lado, sabiendo que tendría que pelear como un valiente antes de llegar a la casa.

Toda la banda de Frank había sido eliminada, aunque, él no lo sabía aún, pero a falta de guardaespaldas, Tompkins tenía los tres perros feroces, que no conocían más que a su dueño y que debían andar sueltos por el jardín.

Eran animales terribles, que no ladraban nunca, prefiriendo agazaparse en la sombra, como fieras para saltar después sobre su presa, en el momento que ésta menos lo esperase.

Empezó a avanzar.

Había sacado un cuchillo, ya que la pistola no le serviría de mucho contra los feroces animales. La arena, bajo la suela de sus zapatos, crujía suavemente.

Hasta le pareció mentira poder avanzar de aquella manera, ya que recorrió más de la mitad del cuidado jardín sin que nadie le molestase. Pero aquello, lo sabía perfectamente, no significaba nada.

Unos pasos más y un suave sonido llegó desde su izquierda.

Casi, al mismo tiempo, una especie de bola, toda músculos, brotó de uno de los macizos y describiendo una impresionante parábola,

capó sobre: su espalda, arrastrándolo hacia el suelo.

CAPÍTULO VIII



N la mano derecha tenía Frank la negra automática y el vaso en la izquierda.

Frente a él, sentado en uno de los sillones, Robert miraba a su enemigo a los ojos, sin pestañear.

—¿Dónde está mi hijo?

—Pronto lo verás.

—Te advierto que tendrás que disparar muy bien, si me engañas, porque por poca vida que me quede, te arrancaré los ojos.

—Déjate de balandronadas; Mercer.

—No lo son.

—Como quieras. Has venido a morir, y me maravilla que lo esperes con tanta sangre fría. Siempre te creí un cobarde.

—Tú has creído cobarde a todo el mundo, Frank. Defecto de no haberte mirado a mi espejo.

El otro pareció no oír el insulto.

—Siempre fuiste un chupatintas, Robert, un miserable oficinista, sin aspiraciones. Si yo hubiese conocido tu temple, te habría puesto a trabajar a mi lado. Nunca te hubiera dejado pasar cinco años en Sing-Sing.

—Era mi sino, pero yo creí pagar algo más que un engaño.

—¡No seas imbécil! Demuestras serlo al haber creído que yo iba a darte los cien mil dólares.

—Se los diste a Paul, ¿no?

Tompkins lanzó una carcajada,

—¿A Paul? Lo suficiente para que se comprase el coche y unos trajes.

—Eres un canalla.

—Ahora ya no importa. Mi banda está deshecha, y tendré que esperar un poco para formar una nueva; pero deseo antes de hacerlo,

deshacerme de ti.

—¿Por qué no lo has hecho ya?

—Porque espero acontecimientos. Hay muchas cosas que no he entendido y quiero comprender.

Un aullido feroz sonó en el jardín.

—¿Oyes? Alguien intenta entrar. Dentro de un rato encenderemos los reflectores y podrás ver algo interesante.

—Nada tuyo me interesa.

—Eso ya lo veremos.

Transcurrieron quince minutos más; luego Frank, levantándose, dijo;

—Creo que ya es tiempo. Acércate a esa ventana.

Robert lo hizo, con el entrecejo fruncido, preguntándose qué era lo que aquel miserable tenía en la cabeza.

Retrocediendo un poco, Tompkins bajó el interruptor que había junto a la cortina y el jardín se iluminó, bajo la luz cegadora de un grupo de reflectores.

—¿Ves algo? —inquirió,

—No; es decir... un perro muerto.

—¿Y los restos de tu querido hijo, no los ves aún?

Mercer se volvió, con los ojos en llamas.

—¿Qué has querido decir?

—Que tu hijo no estaba aquí, pero que yo estaba seguro de que le avisarían. Intentó venir a salvar a su padre y mis perros lo habrán destrozado.

—¡Miserable!

Ninguna fuerza podía contenerle.

Se lanzó, contra Frank, como un tren expreso a toda marcha, Tompkins tuvo que disparar, casi a boca de jarro.

Llevándose las manos al pecho, Robert retrocedió como si una fuerza invisible le hubiese empujado. Luego, doblándose las rodillas, cayó, de bruces, como un muñeco dislocado.

Frank sonrió.

— ¡Ya hemos saldado las viejas cuentas, Robert! Hijo y padre en la misma noche... ¡No se puede jugar con Frank Tompkins!

Rió de nuevo histéricamente.

Pero apenas había terminado de hacerlo cuando llegó hasta él el ruido característico de un cristal que se rompía en la planta baja.

Palideció.

Era imposible.

Los perros eran invencibles y, a pesar de que Paul hubiese llegado a matar a uno de ellos, los otros habrían vengado a su compañero.

Entonces... aquel cristal.

No había ni un soplo de viento.

Inquieto, apretó la culata en la mano y después de echar una ojeada al cuerpo inmóvil de Mercer, salió de la estancia, caminando por el pasillo, levemente iluminado, hacia la escalera que conducía abajo.

Oyó un ruido nuevo.

Era, indudablemente, el producido por unos pasos silenciosos de alguien que andaba por abajo con todo cuidado.

¡Paul!

No podía ser otro.

La palidez se acentuó en su rostro, pero una sonrisa vino a borrar la preocupación que las arrugas marcaban en su frente. Decidido, empezó a bajar los escalones, uno a uno, sin ruido, sin dejar de apretar espasmódicamente la culata entre los dedos.

* * *

Al recibir el descomunal golpe por la espalda, Paul se encogió al máximo volviéndose mientras caía. Su mano izquierda voló en busca del cuello del animal, afianzando los dedos en las aceradas púas del collar.

Pero, sin hacer caso del dolor vivo que aquello le produjo, dirigió un golpe certero, hundiendo el cuchillo en la garganta del coloso.

¡Ya era hora!

Dos masas más se lanzaban a grandes saltos sobre él. Y apenas tuvo tiempo de librarse de uno y echar a correr, lanzándose ciegamente hacia la casa.

Un poco antes de llegar, siempre perseguido por los perros, que le pisaban los talones, una luz cegadora iluminó el jardín, llamando la atención de los canes.

Aquello le salvó.

Sin perder tiempo, avanzó y cuando llegaba hasta él el estampido de un disparo, ya estaba subiendo la escalinata del pórtico, habiendo sacado una positiva ventaja a los perros.

Pero éstos volvieron a la carga.

Entonces, pensando en la única solución que le quedaba, Paul se lanzó, de cabeza,, en una impresionante plancha, contra una vidriera,

atravesándola en medio de un estrépito formidable.

Se puso en pie, con una celeridad magnífica, cerrando las contraventanas, contra las que se estrelló la furia de los perros.

Respiró aliviado.

Después, pensando en el disparo que oyó, frunció el entrecejo preguntándose qué podría haber ocurrido en el piso de arriba.

Pronto lo sabría.

Conocía la casa al dedillo y tomó una puerta lateral, desembocando en el vestíbulo, sumido en las sombras.

El pasillo de arriba estaba muy pobremente iluminado.

Inició la ascensión, paso a paso, procurando hacer el menor ruido posible. Iba apoyándose en la balaustrada, tocando, con la mano izquierda la fría superficie del mármol.

Fría como la misma muerte.

Estaba seguro del peligro que le esperaba arriba; pero al pensar en su padre y en el disparo que había oído, todas las precauciones le abandonaron.

El disparo desgarró el silencio y la bala pasó silbándole la cabeza.

Frank gritó:

— ¡Este es mi saludo, Paul! ¡Mi primer saludo!

Cambiando de sitio, el joven recordó que la escalera, a ambos lados, y a la altura del primer piso, ofrecía unos recovecos perfectos, donde un hombre podía, sin peligro, ocultarse y disparar contra los que intentasen subir.

Aquella había sido una de las «ideas arquitectónicas» de Frank.

De todos modos, tenía que subir y desalojarse de su escondrijo.

Unos pasos más y un nuevo disparo, seguido del silbido de la bala, le demostró que la cosa iba a ser mucho más difícil de lo que imaginaba.

Permaneció en silencio, sin moverse, buscando en su mente una solución a aquel problema. Ya no dudaba, y aquella idea le desgarró el corazón, de que el disparo que había oído debió ser hecho contra su padre.

Y ¡la cólera se apoderó de él.

Entonces, sin meditarlo un instante más, corrió escaleras arriba, en zigzag, despreciando las balas que silbaban rabiosamente en derredor suyo.

Ni una sola le tocó.

Al llegar a la primera planta, oyó los pasos de Frank que corría por

el pasillo, dirigiéndose hacia, la escalera que conducía a la cocina.

Le siguió.

Una vez lo vio, antes de que el otro pasase un recodo y disparó, viendo que Frank se llevaba vivamente la mano al brazo derecho.

El arma cayó al suelo.

Corriendo tras él, Paul, ya sin miedo, bajó por la escalera de servicio, loco de rabia, deseando coger a Frank y aplastarlo contra la pared. Tanta era su cólera que, considerando inútil la pistola que llevaba en la mano, la tiró.

Fue al llegar a la cocina, profusamente iluminada, cuando vio a Tompkins, mortalmente pálido, con un tremendo cuchillo de trinchar en la mano izquierda.

El brazo derecho yacía colgado a lo largo del cuerpo y la sangre iba encharcando el suelo.

Se miraron fríamente.

—Ha llegado tu hora, Frank.

—Me es igual. Ya puedes disparar. Pero, cuando lo hayas hecho, sube al piso de arriba y verás el cuerpo de tu padre.

—¡Canalla!

Estuvo a punto de sacar su cuchillo y terminar de una vez, pero, apoderándose de un hacha que había colgada allí rugió:

—¡Voy a partirte la cabeza en dos!

Fue en aquel momento cuando algo arañó furiosamente la puerta de la cocina.

Paul arqueó el entrecejo.

—Son los perros —dijo.

El otro le miró, sin decir nada.

—¿Te conocen esos perros, Frank?

Los ojos de Tompkins se abrieron, como platos.

—¡No! ¡No! Era Robinson quien les daba de comer.

Paul no le dio tiempo a decir más.

Un salto, una llave en el brazo válido y el cuchillo cayó a tierra, siendo empujado, por una patada, al otro extremo de la cocina.

Paul dijo:

—Los perros, Frank... ¿los oyes?

—¡¡No!!

—Ellos harán justicia. El olor de la sangre los enloquece.

—¡No, Paul! Te daré todo el dinero que tengo.

—¿Y mi padre?

—Tuve que disparar sobre él. Se lanzó, como un loco, contra mí, al creer que los perros te habían destrozado.

—Y ésa era tu idea, ¿verdad?

Le sujetaba por el brazo izquierdo, que había echado hacia atrás, en una llave de la que el otro no podía deshacerse.

Corrió el pestillo con la mano derecha.

—Vamos, Frank, no tengas miedo.

—¡No, Paul, por favor! ¡Pégame un tiro, pero no me arrojes a los perros.

—Es el precio que has de pagar.

Y abriendo la puerta, de golpe, lo justo para empujar a Frank, lo impulsó hacia afuera, con todas sus fuerzas, cerrando después.

Un alarido infrahumano llegó hasta él.

Momentos después, en el segundo piso, se detenía ante el cuerpo de su padre, arrodillándose ante él.

Y, sin poderlo evitar, dejó que las lágrimas brotasen libremente de sus ojos.

* * *

Parecía un fantasma cuando llamó a la puerta de la muchacha.

Ésta le abrió, cogiéndole del brazo, sin decir nada, y llevándolo al salón.

—Voy a prepararte un poco de café cargado.

Él se quedó allí, mirando hacia un punto indefinido, con el cansancio saliéndole por los poros de la macilenta cara.

Bebió dos tazas de café y encendió un cigarrillo.

—Mi padre ha muerto —dijo después.

—¡Oh!

Ella se había llevado las manos al rostro.

—¡Cuánto lo siento, Paul!

—Yo también. He sido un hijo indigno y ha tenido que ser él quien lo pague todo.

Hubo un silencio.

—¿Qué piensas hacer ahora? —inquirió ella.

Paul se encogió de hombros.

—No lo sé.

—Yo quería presentarte a un amigo mío. Un hombre que desea

hablar contigo.

—¿Para qué?

—Tiene que contarte muchas cosas.

—Ya le veremos.

Una puerta se acababa de abrir y una voz serena dijo:

—No tiene que molestarse mucho, Mercer. Lo estaba esperando.

—¿Quién es usted?

—Donald Callowan.

—¿El jefe de la SIP?

—El mismo.

—Ha venido a detenerme, ¿verdad?

Donald, que se había sentado, sonrió.

—No, no he venido a detenerle.

—¿Entonces?

—He venido a contarle algunas cosas. Porque creo un deber decírselas. Interesa mucho, sobre todo para la buena memoria de un hombre: su padre

—¿Mi... padre?

Donald dijo:

—Sí. Tome otra taza de café y escuche, por favor.

El joven obedeció.

—Cuando Robert Mercer salió de la cárcel —empezó diciendo Donald—, yo ya sabía lo que Frank había hecho de usted. También me imaginé, desde un principio, que Robert se había sacrificado para evitar que usted fuese un hombre fuera de la ley. Todo se lo permitió, por su hijo, hasta ser un perjurio.

—¿Perjurio?

—Sí. Cuando declaró, lo hizo con la Biblia en la mano y juró decir la verdad, nada más que la verdad, sólo la verdad.

—Comprendo.

—Pero para él no habla más verdad que su hijo. Quería salvarle y nada le importó engañarnos, a mí especialmente, impidiendo que echase el guante a Tompkins.

»Pero volvamos a lo que iba diciendo. Yo vi a su padre cuando salió de la cárcel. Y le expliqué lo que Frank había hecho de usted: un maleante achulado, un matón, un aspirante de criminal.

—¿Qué dijo mi padre?

—No me creyó. Incluso, después, cuando se dio cuenta, con sus

propios ojos, tenía la esperanza de que usted, sangre de su sangre, se regeneraría. Entonces fui a verle de nuevo.

«Hablamos, casi toda una noche entera. Y llegué a convencerle; es decir, nos convencimos mutuamente.

Paul dijo:

—No entiendo.

—Yo le convencí para que trabajase para la SIP, forjando la destrucción de los asuntos de Frank, pero él me convenció de que yo debía pagar un precio.

—¿Cuál?

—La vida de usted.

—Comprendo.

—Me dijo que usted, no era malo y que necesitaba despertar de aquella especie de hipnosis en que Frank, con sus dólares, le tenía preso. Accedí y para demostrarle mi buena fe, lancé a Betty en el asunto.

—¿Betty?

Miró a la muchacha, que le sonrió.

—Sí. Betty es un agente nuestro y se las arregló para entrar en comunicación con usted. Deseábamos sondarle, saber si su padre tenía razón o la tenía yo, que decía que no tenía usted cura...

«Perdí yo... y me alegro. El informe que Betty me envió demostraba que usted no era malo y que lo que había ocurrido era que Frank le emborrachó, le drogó traidoramente.

—Eso fue.

—Cuando expliqué a su padre mis conclusiones respecto a usted, lloraba de alegría. Estaba orgulloso y seguro de que lo que él llamaba la ley de la sangre no podía fallar.

—¿Fueron ustedes, entonces, los que ayudaron a mi padre?

—Sí. La banda estaba casi completamente compuesta por agentes nuestros, procedentes de otros Estados. Pero tuvimos que guardar a tres amigos de su padre, y antiguos colaboradores de Frank, para despistar.

—Sí, ya veo.

—Cuando logramos que usted no tomara parte en los golpes brutales que Frank había organizado contra la competencia, pudimos lanzarnos al ataque y acabar con toda su banda.

—¿No podían haber detenido a Tompkins?

—Imposible. Nos faltaban pruebas.

—Comprendo.

—Por eso dejé que su padre se lanzase. Y luego usted. Hablé con él, nada más le había telefoneado Frank, que mató a Wilke para conocer la dirección. No quiso escucharme. Quería acabar el asunto a su modo.

—¿Sabía que yo no estaba con Tompkins?

—Sí, por eso se fue tan tranquilo, seguro de que arreglaría las cuentas a ese granuja.

— ¡Dios mío!

—Todo lo que ocurrió fue su voluntad. Consintió colaborar con nosotros, pero siempre deseó que dejásemos a Frank. Nosotros no teníamos pruebas, pero queríamos que ese canalla desapareciese.

—Así ha ocurrido.

Donald se levantó.

—Ahora ya lo sabe usted todo, amigo mío.

Y estrechando la mano de Paul, salió de la estancia.

EPÍLOGO

Los tres hombres parecían impresionados y Dónald, tronando, detrás de su despacho de Washington, sonreía beatíficamente.

—Ustedes dirán.

Uno de ellos, el más decidido, miró a los otros y tragando saliva, con visible dificultad, empezó:

—Verá usted, señor Callowan. Representamos a todas las compañías de transportes interplanetarios...

—Perfectamente.

—Usted mejor que nadie, sabe todo lo que nos ha costado el trabajar en estos últimos tiempos, hasta que la SIP terminó con la pesadilla que era, para nosotros, Frank Tompkins.

—Siga.

—Verá... nosotros, en representación de todos, estamos autorizados a entregarle un cheque de trescientos mil dólares en concepto de recompensa.

Donald sonrió.

—¡Pero si la SIP no ha acabado con ese granuja!

—¿Entonces?

—Ha sido un joven: Paul Mercer. Sólo él merece la recompensa.

—Como usted lo desee. ¿Dónde podemos encontrarle?

—Si traen el cheque, es mejor que me lo dejen a mí. Yo espero que Paul venga hoy. Me han anunciado la visita.

—¿Han?

—Sí. Ese granuja se me ha llevado un buen elemento del Servicio: una muchacha extraordinaria.

—¿La ha raptado?

—En cierto modo, sí... para toda la vida, puesto que se ha casado con ella.

Rieron todos.

El hombre entregó el cheque y Donald les acompañó hasta la puerta. Luego volvió al despacho, reflexionando.

Momentos después, el interfono se dejaba oír.

—¿Qué hay?

—Paul Mercer espera ser recibido, señor.

—¿Viene solo?

—No.

—Hágales pasar.

La pareja respiraba felicidad por todos los poros.

—¿Terminada la luna de miel?

—Parcialmente, sí.

—Perfecto. Tengo una excelente noticia para vosotros.

Y les tendió el cheque.

—¿Quién ha dado esto?

—Podríamos decir que las Compañías Agradecidas.

—Es mucho dinero —objetó ella,

—Lo necesitaréis para que Paul acabe, sus estudios.

Se miraron riendo.

—¿Qué diablos he dicho para haceros tanta gracia?

—Un chiste.

—¿Un... chiste?

—Sí —dijo Betty—. Porque Paul no quiere estudiar.

—¿Eh? ¿Es eso verdad, muchacho?

—Verdad.

—¿Por qué?

—Porque le ha sacado mucho jugo a la vida de aventuras —
intervino la joven.

Donald dijo:

—No lo entiendo.

—Es sencillo —dijo él—. He venido a inscribirme en la SIP.

—¿Te has vuelto loco?

—En absoluto.

—¡Pero si yo estaba preparando la baja de tu esposa!

—Ha perdido lastimosamente el tiempo, señor Donald Callowan.

—Ya lo veo. En fin, cuando la locura es colectiva...

Y pulsó el intercomunicador.

—¿Diga? —inquirió la voz de la telefonista.

—Traiga una ficha de ingreso

—En seguida, señor.

Donald se volvió a los jóvenes y cuando un empleado dejó el papel sobre la mesa dijo:

—No tienes más que firmarlo, Paul. Yo lo rellenaré.

—Gracias.

Firmó y cogiéndose al brazo de su esposa.

—¿Cuándo hemos de presentarnos?

—Dentro de una semana. Prolongad un poco más la luna de miel. Después, las cosas irán en serio.

—¡A la orden!

Y salieron, riendo, como chiquillos.

Donald se quedó pensativo. Después encendió un cigarrillo.

Indudablemente, en aquellos momentos Robert debía de sentirse orgulloso de su hijo. Aunque siempre había estado orgulloso.

Todos sus esfuerzos no habían sido vanos y allí estaba la prueba, sobre su despacho.

Alargó la mano.

Abriendo luego un legajo enorme, lleno de datos y fotos, corrió las páginas hasta detenerse en la última, que estaba parcialmente escrita.

Cogió la pluma:

«... en el día de hoy, Paul Mercer ingresa, voluntariamente, en nuestra organización. La SIP va a contar, desde ahora, con un nuevo elemento, lleno de entusiasmo y dispuesto a luchar contra los hombres como los que engañaron y mataron a su padre...»

Así terminaba el caso 2.888.

FIN



¡UNA
HISTORIA
DE GUE-

RRA
RELATADA
EN EL
CRATER
DE UN
OBUS!

EL
AGUJERO

Por
MICHEL
TAURIAC

Gran
Premio
Literario

de
Indochina

La historia de un grupo de adolescentes sumergidos en el rugiente agujero de la guerra, con los pies en el barro y la mirada en las estrellas.

EL AGUJERO

Un relato de guerra distinto a todos. Un argumento lleno de poesía y sensibilidad, con escenas de crudo realismo y patética emoción, que tiene como fondo la trágica epopeya de las fuerzas francesas en Indochina.

250 páginas formato 13'5 x 20'5 **Precio: 60 ptas.**

Pídalo en todas las librerías y a

EDICIONES TORAY, S. A. - Teodoro Llorente 13

BARCELONA

COLECCION
DOCUMENTALES - DEL M
UNDO



¡ENTÉRESE
USTED,
EN
FORMA
AMENA Y
AGRÁ-
DABLE,
DEL
VERDADERO
CÓMO Y
PORQUÉ
DE LOS
GRANDES

ACONTECIMIENTOS
MUNDIALES!

SEPA
USTED
EXPONER
LOS
AUTÉNTICOS
MOTIVOS
DE TAN
IMPORTANTES
SÚCESOS
CUANDO
HABLE DE
ELLO
CON SUS
AMISTADES.

**¡HE AHÍ TRES MAGNÍFICOS
LIBROS!**

El Japón en la era americana
Por EDMUND W. EALLOT

¡Los frutos de la labor americana ante un país
milenario!

Alemania, hora cero
por WALTER O. KNIITEL,

**¡La verdad sobre la caída y resurgimiento de los
alemanes!**

Formosa, las tentaciones de la guerra

Por FERNAND GIGON

**¡El último reducto de Chiang-Kai-Chek,
frente a unos poderosos, intereses!**

**¡MAS DE 200 PAGINAS CADA VOLUMEN,
DE ELLAS**

**40 DE FOTOGRAFÍAS EN PAPEL CUCHÉ.
FORMATO**

**18x24, ESPLÉNDIDAMENTE
PRESENTADOS, CON SO-
BRECUBIERTAS EN COLOR!**

**¡Una Joya para su biblioteca! Por sólo
50 pesetas ejemplar**

ALGUNA VEZ, AL DESPERTAR POR LA MAÑANA
SE HABRÁ USTED PREGUNTADO...

¿QUÉ SIGNIFICA LO QUE HE SOÑADO ESTA NOCHE?
¿POR QUÉ LO HE SOÑADO?

LOS SUEÑOS

SU EXPLICACIÓN Y SIGNIFICADO

por MUSAN

(2ª edición)

Prólogo de ACRILLE D'ANGELO

(«El Mago de Nápoles»)

Esta INTERPRETACIÓN DE LOS SUEÑOS es realmente, una obra digna y positiva, que presenta su compilación como base de investigación científica y ofrece la experiencia y convicciones del autor, gran estudioso y entendido en esta apasionante materia.

Con esta obra usted comprobará que. la significación de sus sueños y pesadillas no es, frecuentemente la que usted supone. Sus páginas abrirán a su espíritu interrogante todo un mundo de revelaciones y experiencias que definirán sus ocultas emociones y serán fruto de enseñanza para su porvenir.

Pídalo en todas las librerías y a EDICIONES TORAY, S.
A.

Arnaldo de Oms, 51-53 - Barcelona

DOS OBRAS DE EXCEPCIONAL CALIDAD EN LA
COLECCION «SEMILLA Y VIENTO»

Vida entre salvajes

Por SHIRLEY JACKSON

La Historia de una familia extravagante y simpática con reacciones típicamente anglosajonas, rozando siempre lo inesperado.

La obra más representativa de esta famosa escritora americana, escrita con un estilo ágil, moderno y desenfadado.

Un tomo de más de 200 págs., encuadernado en
tela

Precio: 60 ptas.

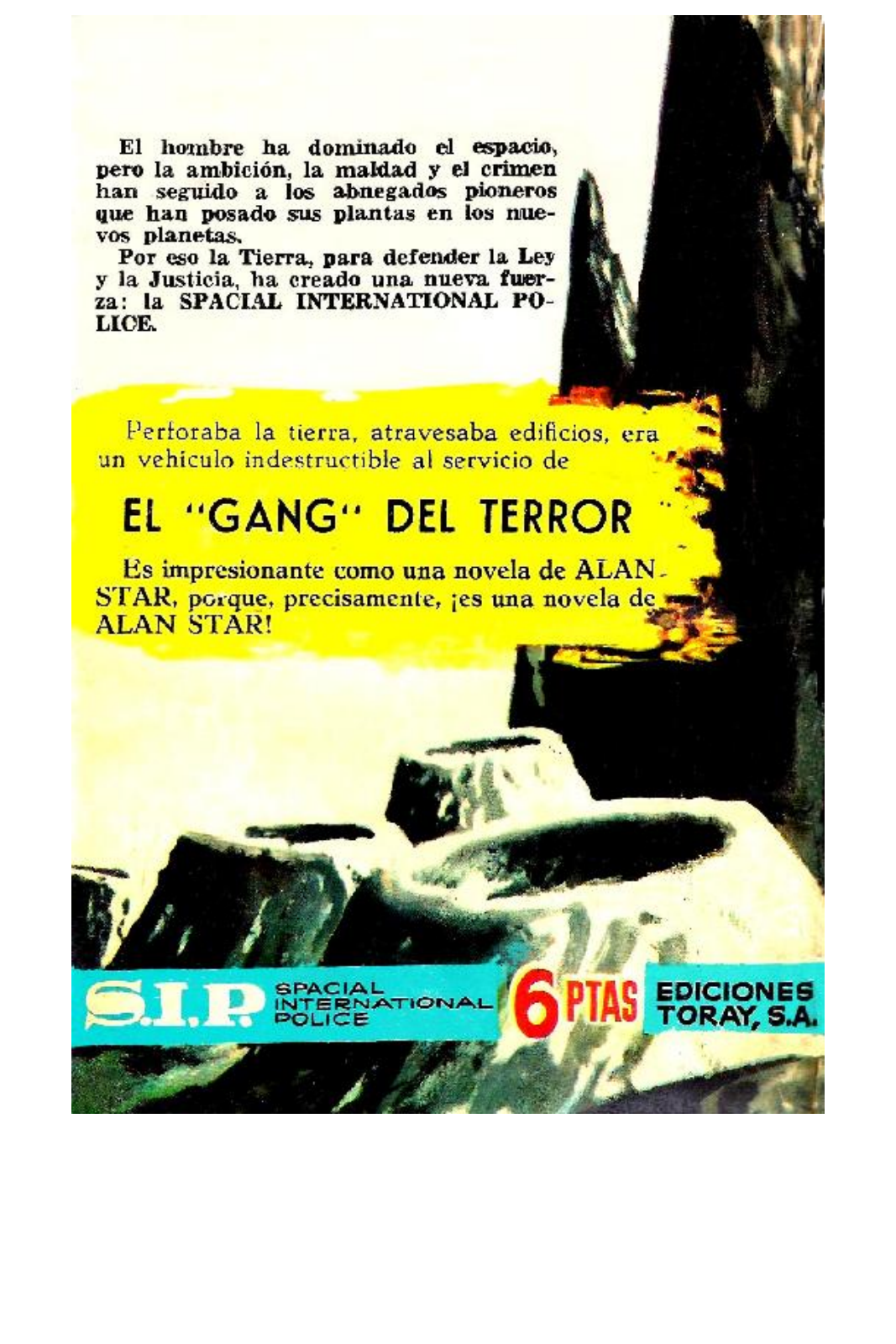
EL GRAN DESTINO

Por RENÉ MASSON

El mito glorioso y poético de la Legión Extranjera francesa, puesto en entredicho por la sobrecogedora realidad de un relato impresionante.

El juego del amor y de la guerra con una baza única y terrible: la muerte.

Precio: 50 ptas.



El hombre ha dominado el espacio, pero la ambición, la maldad y el crimen han seguido a los abnegados pioneros que han posado sus plantas en los nuevos planetas.

Por eso la Tierra, para defender la Ley y la Justicia, ha creado una nueva fuerza: la SPACIAL INTERNATIONAL POLICE.

Perforaba la tierra, atravesaba edificios, era un vehículo indestructible al servicio de

EL "GANG" DEL TERROR

Es impresionante como una novela de ALAN STAR, porque, precisamente, ¡es una novela de ALAN STAR!

S.I.P.

SPACIAL
INTERNATIONAL
POLICE

6 PTAS

EDICIONES
TORAY, S.A.

Notas

[←1]

«Blue Paradise» significa «Paraíso azul». «Red Hell» significa «Infierno rojo». (N. del A.)